

Asidos y derramados

Comprobando una vez más la fidelidad de nuestro Dios, hemos llegado a la revista 72. Agradecemos las constantes oraciones y también las diversas manifestaciones de afecto de los lectores que nos escriben desde distintos y, a veces, distantes lugares. Gracias al Señor que se ha dignado usar esta sencilla publicación. En medio de un mundo tan cibernético, aún hay muchos que valoran la palabra escrita.

Los mensajes centrales de la presente edición nos ayudarán a «asirnos de la Cabeza», a participar de las aflicciones de Cristo con esperanza, a seguir las pisadas de Abraham, a vivir bajo el régimen del Espíritu, a temer y agradecer a nuestro Señor, y a derramarnos ante él, nuestro primer amor, seguros de que «nada que sea gastado para Cristo se ha desperdiciado». A su vez, a los jóvenes creyentes, Marcelo Díaz comparte valiosos consejos que, sin duda, serán de aplicación general.

Todos estos son mensajes impartidos en nuestro medio, que esperamos sean de ayuda y aliento para nuestros lectores; son las riquezas de Cristo, tesoro disponible para todo el cuerpo de Cristo en cualquier lugar.

Que el fiel Consolador utilice este trabajo de amor como herramienta útil para alentar en el trabajo, en la lucha y en la carrera de la fe a todos nuestros estimados lectores.

El fin de la privacidad

Un joven norteamericano de unos treinta años de edad, deambula por los pasillos del aeropuerto de Moscú. Pasan días y semanas, y su situación no se resuelve. La noticia reciente causa revuelo en todo el mundo; algunos países le ofrecen asilo político, pero la noticia es desmentida en horas. Ningún país europeo autorizaría que un avión utilizara su espacio aéreo y menos sus aeropuertos, si a bordo de aquella nave estuviese este joven. ¿Quién es este personaje y en qué asunto tan delicado está involucrado?

Se trata de Edward Snowden ex analista de sistemas de la CIA, quien diera a conocer a algunos medios los alcances de la vigilancia de llamadas telefónicas y correos electrónicos por parte de la Agencia Nacional de Seguridad de Estados Unidos (NSA, sigla en inglés). El joven, sabiendo que su temeraria acción desencadenaría una frenética búsqueda por su captura y juicio, alcanzó a abordar a tiempo en Hong Kong un vuelo hacia Moscú.

Finalmente, Rusia decidió concederle asilo político, en calidad de refugiado, por un año. Y se niega a en-

tregarlo a las autoridades norteamericanas.

Escándalo global

Este escándalo ha tenido inéditas repercusiones globales, pues luego de conocer las actividades ultrasecretas del programa *Prisma*, a partir de las revelaciones obtenidas a través de Snowden, se vino a conocer la escucha e intrusión en la red a organismos de la Unión Europea y a varios países de esta organización. También esta noticia tuvo una fuerte repercusión en Brasil, pues importantes actores de la vida nacional habrían sido objeto de similares prácticas.

Luego de conocido el programa *Prisma*, la UE y sus principales países miembros han exigido una rápida y exhaustiva explicación. Obviamente, esta actitud ha perjudicado la confianza estratégica entre EE.UU. y Europa. El presidente del Consejo Europeo, Herman Van Rompuy, hizo una declaración, el 1 de julio de 2013, en la que exigía a Estados Unidos investigar sin demora las denuncias sobre escucha y control de los organismos de la UE por parte de la mencionada NSA.

Control hegemónico

Este escándalo ha abierto un nuevo capítulo en la sociedad del riesgo mundial. En los decenios pasados hemos conocido una serie de riesgos globales: el cambio climático, el peligro nuclear, el financiero, el terrorismo... y ahora el riesgo digital global, que amenaza a la libertad.

Todas estas amenazas (con excepción del terrorismo) en cierto modo forman parte del desarrollo tecnológico, pero también cristalizan temores que se habían expresado durante la fase de modernización de estas nuevas tecnologías. Sin embargo, ahora se produce un acontecimiento en que «un riesgo se constituye de golpe en un problema mundial», como ocurre en la amenaza para la libertad que han puesto en evidencia las revelaciones de Edward Snowden. Estamos ante una lógica del riesgo completamente distinta.

En el caso del riesgo nuclear, los accidentes de Chernóbil y de Fukushima fueron accidentes espacial, temporal y socialmente delimitados. Éste, en cambio, carece de límites en cualquiera de estas dimensiones.

En relación al riesgo para la libertad, lo decisivo no fue el «caso catastrófico», puesto que aquí la catástrofe sería «la hegemonía del control impuesta en el nivel global».

La alarma se enciende cuando se piensa que, sin estas filtraciones, la catástrofe habría ocurrido, pero nadie se habría dado cuenta. Y todos son efectos colaterales de los éxitos de la modernización, que, a su vez, ponen retrospectivamente en cuestión las instituciones de modernización existen-

tes. En el caso del riesgo para la libertad, lo que se pone en tela de juicio son las posibilidades de control de los propios Estados nacionales democráticos.

Objetivos oscuros

La especialista Constanze Kurz, en entrevista con DW (Deutsche Welle) tras las revelaciones sobre el proyecto *Prisma*, consultada acerca de cuáles serían los objetivos que persiguen los servicios secretos con estas prácticas, respondió en forma categórica:

«El objetivo de combatir el terrorismo, que siempre se esgrime, no tiene sentido desde mi punto de vista. Más bien se trata de ejercer el control, cosa que por lo general se les reprocha a los dictadores. Si se escudriñara esa enorme cantidad de datos con el fin de combatir el terrorismo, sería un método increíblemente ineficiente. Los métodos tradicionales de los servicios secretos serían mucho más efectivos. En el fondo, se trata solo de un afán cada vez mayor de controlar que tienen los gobiernos. Me parece sumamente inquietante y no deberíamos resignarnos a ello».

Defensa y resguardo

Si se busca un actor poderoso que tenga auténtico interés en que se tome

**La generación de *facebook*
está sacrificando gran parte de su libertad individual y de su esfera privada.**

conciencia pública de ese riesgo y, por consiguiente, mueva a adoptar acciones políticas, lo primero que nos viene a la cabeza es el Estado democrático. Pero eso sería poner al lobo a guardar las ovejas.

Es precisamente el Estado, en cooperación con las grandes corporaciones digitales, el que ha levantado ese poder hegemónico para optimizar su interés esencial, que es la seguridad nacional e internacional. Pero esto podría suponer un paso histórico que nos apartara del pluralismo de los Estados nacionales en dirección a «un Estado digital mundial libre de cualquier control».

El segundo actor que podría movilizarse es el propio ciudadano. Al fin y al cabo, los usuarios de los nuevos medios de comunicación digital se han convertido en una especie de *cyborgs* (organismos cibernéticos). Ellos utilizan esos medios como órganos sensoriales, forman parte de su forma de actuar en el mundo. La generación de *facebook* vive en esos medios y está sacrificando, al hacerlo, gran parte de su libertad individual y de su esfera privada.

Imperio amenazado

Se habla sin cesar de que está surgiendo un nuevo imperio digital. Pero ninguno de los imperios históricos que conocemos tiene los rasgos que caracterizan al actual imperio digital. Este imperio se basa en señas de identidad de la modernidad que no se han pensado a fondo. No se basa en el poder militar, ni posee la capacidad para una integración político-cultural a distancia. Pero sí dispone de posibilidades

de control de una amplitud y profundidad capaz de evidenciar todas las preferencias y debilidades individuales: de esta manera, todos nos volvemos de cristal, transparentes.

Y a esto se añade además una ambivalencia esencial: disponemos de inmensas posibilidades de control, pero al mismo tiempo estos controles digitales son de una vulnerabilidad inimaginable.

Ningún poder militar ni revolución amenazan al imperio del control, sino un único y valeroso individuo: Snowden, un treintañero experto en seguridad, es capaz de hacer que se tambalee, y además lo logra «volviedo al propio sistema de información contra sí mismo».

Es decir, en este sistema aparentemente hiperperfecto de control, existe una posibilidad de resistencia del individuo que jamás hubo en ningún otro imperio. El ciudadano corriente dispone, en contraste con Snowden, de un conocimiento mucho más limitado de la estructura y el poder de ese supuesto imperio. Pero eso no se aplica a la generación joven, que como un Cristóbal Colón irrumpe en ese Nuevo Mundo y hace de las redes sociales una prolongación de su propio cuerpo comunicativo.

Muerte sin dolor

Y aquí se evidencia una consecuencia esencial. El riesgo de una vulneración de los derechos a la libertad se valora de forma diferente a la vulneración de derechos relativos a la salud, como la que se deriva del cambio climático. La vulneración de la libertad no duele, no se nota, no se experi-

menta como una enfermedad, una inundación o una carencia de oportunidades laborales. La libertad muere sin que las personas sean heridas físicamente.

En todos los sistemas políticos, la promesa de seguridad constituye el verdadero meollo del poder del Estado y de la legitimación del Estado, mientras que la libertad siempre parece ser un valor de segundo rango.

Propuestas

¿Qué se puede hacer? Algunos expertos están proponiendo que se formule algo así como un «humanismo digital». Pensando en convertir el derecho fundamental a la protección de los datos y a la libertad digital en «un derecho humano global» e intentar hacer valer este derecho al igual que el resto de los derechos humanos, en contra de las resistencias.

Quienes conocen profundamente estos delicados temas advierten que hoy carecemos de una instancia internacional capaz de imponer estas reivindicaciones. En ese aspecto, el riesgo para la libertad no se distingue de aquel que supone el cambio climático. No hay ningún actor en el plano internacional capaz de afrontarlos. Pero la inquietud es internacional, y bien sabemos que todo riesgo global tiene una capacidad de movilización enorme.

Habrà que esperar que surjan nuevos liderazgos capaces de aunar y encauzar políticamente esa inquietud, la cual, en grados diversos, corre a través de los movimientos sociales y partidos políticos de distintos países.

«Precisamos», dicen los expertos, «una invención transnacional de la

política y la democracia que posibilite revivir y hacer valer los derechos democráticos fundamentales en contra del dominio de esos monopolios del control completamente emancipados».

Quinto espacio

En la actualidad, el ciberespacio se ha convertido en un «quinto espacio», luego del terrestre, marítimo, aéreo y espacial, y el ámbito de la seguridad nacional se ha expandido desde éstos ámbitos, digamos tradicionales, hasta la *frontera informática*.

La *ciberseguridad* se ha vuelto una preocupación para la mayoría de las naciones. La comunidad internacional, o más bien los actuales líderes de las principales potencias, deben estar, por estos días, pensando en cómo intensificar la cooperación para elaborar, lo antes posible, un código de ética en la red y desarrollar un ciberespacio pacífico, seguro, abierto y cooperativo.

Por otra parte, el tema del combate al terrorismo, propiciado por las grandes potencias y que dio excusa para el hoy vilipendiado espionaje cibernético, no es un asunto menor. Muchos deben temer que esta «pugna entre aliados» no esté sino dando ventajas a quienes necesitan más y más camuflar sus oscuras intenciones.

El tema se encuentra hoy en pleno desarrollo. ¿Qué le espera a Snowden cuando se cumpla el año de asilo que le dio Rusia? ¿Se convertirá en una especie de «moneda de cambio» para futuras negociaciones de alto nivel? En su país ha sido definido por algunos como héroe, por otros como un vil traidor. Esperamos que predomine la cordura, para bien de todos.

Una reflexión

Los conceptos «libertad» y «control» pueden ser fácilmente destacados en el presente análisis. Mientras el ser humano valora y defiende su libertad, a menudo olvidamos que nuestra historia como raza humana siempre ha estado atravesada por el control de unos pocos sobre los muchos. En la antigüedad, esto era grotesco en extremo. ¿A quién no le produce hoy repulsión el denigrante negocio del tráfico de esclavos, tan común en épocas no tan lejanas?

Hoy casi no imaginamos la vida sin tecnología, sin Internet. Esta palabra del idioma inglés, que está en boca de todos, significa, simplemente «red». *Network* se puede traducir como red o cadena. Del mismo modo, *Web*, sinónimo de Internet, significa red o telaraña. En otras palabras, es algo que si bien nos conecta, también nos atrapa. Con un computador u otro dispositivo, conectados a Internet, podemos

sentir una libertad inmensa. Nunca antes tuvimos esa posibilidad de ‘navegar’ (¿libres?) por el ciberespacio.

Pero los creadores de este monumental sistema han instalado una silenciosa trampa. Nuestros datos pueden ser rastreados. ¡Nos hemos vuelto vulnerables sin darnos cuenta! Con solo un click en «Aceptar», en un contrato que ni leímos, cedemos derechos permanentes a personas que jamás veremos, y el material que subimos a la red ya quedó cautivo.

No somos esclavos bajo látigo, pero no es menos cierto que nos hemos vuelto vulnerables a un tipo de control cuyos alcances aún desconocemos.

Hay una libertad que el hombre necesita conocer. «*Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud*» (Gál. 5:1). ¿Conoce usted esa libertad?

Fuentes:
elpais.com, BBC Mundo, Terra, Google



La evidencia de Dios

«*¡Oh Jehová, Señor nuestro, cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra! Has puesto tu gloria sobre los cielos*» (Sal. 8:1)

Aproximadamente a 150 millones de kilómetros de la tierra, una bola resplandeciente de energía viaja en el espacio a una velocidad de casi 19 kilómetros por segundo. Esta bola de energía, el sol, tiene un diámetro 110 veces mayor que el de la tierra, y un volumen 1.300.000 veces superior al de la tierra.

¡Su temperatura en la superficie es de aproximadamente 6.000 grados centígrados! ¿No te alegras que esté a 150 millones de kilómetros de la tierra? Afortunadamente, solo una quinta diez mil millonésima parte de la energía del sol llega a la superficie de la tierra. La distancia del sol a la tierra es justamente la adecuada para sustentar la vida en nuestro planeta.

Este es un poderoso testimonio de él mismo que Dios nos ha provisto en la creación, principalmente de la inmensa y ordenada disposición del universo.

Samson Eicher, en «Junto a Aguas de Reposo».

El Señor Jesús ama a su iglesia con amor eterno, y los creyentes son desposados con él para que lleven fruto para Dios.

EVANGELIO

El Novio celestial

Henry Law
(1797-1884)

«*Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne*» (Gén. 2:23).

Nuestra Biblia es un verdadero paraíso de hermosas flores y dulces frutos. Pero el creyente se encuentra más a gusto, sobre todo, en aquellos parajes escogidos poblados de señales de la ternura del Salvador. Nuestra felicidad se eleva hasta el cielo cuando, apoyados en la Escritura y bajo la luz del Espíritu Santo, el alma discierne que Jesús ama con amor eterno.

Tierno lenguaje

No podemos andar mucho por las páginas de la Palabra sin que pronto escuchemos la voz que nos dice: «Presten atención, quiero hablarles de mi amor». Con este propósito, cada imagen de ternura habla en su turno. ¿Ama un padre con la fortaleza del amor varonil? Jesús es nuestro Padre Eterno. ¿Es una madre amorosa en sus dulces caricias? El Señor es más constante todavía, pues aunque padre y madre te olvidaran, «yo no te olvidaré nunca». ¿Es generoso el afecto del hermano? Cristo es el primogénito entre muchos hermanos. ¿Es la unión de

las hermanas tan tierna como las fibras del corazón? La iglesia es su hermana, su esposa. ¿Es noble la simpatía de un amigo? Leemos: «*Ya no os llamaré siervos... pero os he llamado amigos*».

¿No bastan estos paralelos? No, si no se les añade otro. Así como para formar la luz más pura se precisa la combinación de todos los colores, así todos los matices deben juntarse para darnos el retrato completo de un amante Salvador. Falta el cariño perfecto que fluye de un corazón a otro corazón en el enlace nupcial. Pero, ¿llamará también Jesús a su pueblo con el calificativo de «novia»? Sí, así lo hace. Y ello constituye la delicia del Espíritu. Encontramos este trato en el jardín del Edén. Camina a nuestro lado a lo largo de todos los verdes pastos de la Palabra. Nos deleita hasta el final del Apocalipsis. «*El Espíritu y la Esposa dicen: Ven*». Un eco responde de otro eco: «*Como el gozo del esposo con la esposa, así se gozará contigo el Dios tuyo (Isaías 62:5) ... Te desposaré conmino para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia*» (Oseas 2:19).

Siguiendo esta dirección santa, vivamos en busca de Jesús con aquellos sentimientos puros que inocente-

mente se albergaron en el corazón de Adán antes de que el pecado entrase y lo profanase. La narración es simple: *«Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre»* (Gén. 2:21-22). Pero el misterio de esta porción es profundo.

Mayor que Adán

Uno mayor que Adán, el primer esposo, se encuentra en esta historia de unión sin pecado. A la fe se le ha enseñado, y lo ha aprendido rápidamente, que el novio espiritual y la esposa mística se hallan en esta narración. Los primeros esposos terrenos no son más que una sombra del amor celestial. El segundo Adán duerme un sueño, el sueño de la muerte, sobre el duro altar de su ignominiosa cruz. Su costado es atravesado. Y de allí fluyen los medios para constituir la iglesia. Hay sangre para expiar cada pecado y agua para lavar cada mancha. El Padre presenta la esposa a Adán. El mismo Padre entrega a Cristo su favorecida esposa. Adán la recibe como parte de sí mismo. La palabra de Cristo otorga la misma bienvenida: *«... porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos»* (Ef. 5:30).

Nos sentimos animados a trazar las semejanzas con reverencia. Los matrimonios entre personas de muy distinta posición social resultan difíciles de realizar. Aquí se trata de una novia muy baja en cuanto a sus orígenes. Está formada de barro. En cambio Jesús mora en el brillante palacio del cielo, glorioso, con todos los atributos de su deidad. ¿Cómo podrá efectuarse semejante unión? Él deja su alta morada. Un

velo cubre su poner omnipotente. Y desciende a nuestra choza. No se mofa de nuestros harapos. Nace como hombre en Belén. Vive en naturaleza humana el Hijo del Hombre.

¡Oh, alma mía! ¿Se ha detenido el Señor en tu camino para hacerte suyo para siempre? La distancia es infinita, pero él vino con la velocidad de la luz sobre alas de amor y no paró hasta que posó en nuestro hogar lejano.

Envía cartas

El novio tiene por pocos todos los esfuerzos para ganarse una mirada de la novia. ¿Es posible que Jesús luche para ganar nuestras desagradables almas? Sí, Jesús batalla por ello. Él vive cuando nosotros amamos. Apenas parece reinar si no le presentamos el corazón para que haga de él su trono. Ahí, en las Escrituras, envía carta tras carta solicitando y ardiendo en la pura llama de la ternura divina. Nos sigue con el clamor constante: *«Vuelve a mí, ven a mí, quédate conmigo»*. Por esto envía a sus fieles ministros, los amigos del novio, para pleitear su causa, para suplicar en su lugar, para buscar en Su nombre, para presentar sus inmaculados encantos, para mostrar que su amor es fuerte como la muerte y puro como la luz, tan infinito como la eternidad.

Ese ministerio es tanto más fiel a Cristo, más rico en frutos eternos, cuanto más vívidamente presenta a Cristo. Pero aún hay más. El Espíritu Santo es enviado por el Padre y el Hijo, y revela al Señor en todas las bellezas de su persona, todas las maravillas de su gracia, todas las glorias de su obra. Derrriba todos los prejuicios, tuerce la corriente de la voluntad opuesta y enciende una flameante antorcha en los oscuros rincones de nuestra alma. Así es

consumada la unión. El alma fiel olvida a su propio pueblo y la casa de sus padres. Echa lejos los antiguos pretendientes que cautivaron sus pensamientos. Sale afuera y se separa del mundo que antes tanto amaba. Lo deja todo y se une a Cristo.

Los lazos nupciales anulan los antiguos documentos en cuanto al estado y, a veces, el domicilio. Un nuevo apellido y una nueva dirección muestran que la novia ya no es independiente, que ya no se pertenece a ella sola. Lo mismo ocurre en la unión espiritual. La persona de Cristo proclama su divinidad, y esta es la diadema de la iglesia. ¿No está escrito así en Jeremías 23:6 y 33:16? Se nos dice primeramente que «*El Señor, justicia nuestra*», es su nombre. Y la misma porción es para la esposa, porque añade que: «*El Señor, justicia nuestra*» es el nombre de ella también.

Íntima comunión

El novio busca la comunión íntima. Igual ocurre con Jesús. Por su palabra, y por medio de sus mensajeros, lleva a su pueblo a su lado. Abre delante de él los propósitos de su gracia y los secretos de su Reino. Le anima a que le cuente sus necesidades, temores, deseos y esperanzas. Invita tiernamente: «*Hazme oír tu voz...*». ¿Quién puede describir el cariño de un novio? Y, sin embargo, es como una gota de agua comparada al océano de una caricia

del Salvador. «*No tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades*» (Heb. 4:15). «*Quien os toca, toca la misma niña de sus ojos*» (...). «*Él es afligido en todas nuestras aflicciones*» (...). Aún no han dañado a uno de sus miembros sufrientes y ya la Cabeza llora en los cielos: «*¿Por qué me persigues?*», pregunta a un enemigo de su esposa, la iglesia.

Querido lector, tú has escuchado quizá a menudo estas verdades. ¿Han vibrado en ti de manera que han hallado una respuesta en tu corazón? Si no es así, no tienes el espíritu de la novia.

El novio trae su dote. ¿Y no nos enriquece Cristo con toda suerte de dones? Los mismos ángeles pueden maravillarse y sorprenderse al contemplar las riquezas de la iglesia. Cristo no le esconde nada a ella. Todos sus atributos son su gran herencia. Su sabiduría está lista para su dirección. Su poder para su socorro. Su amor para consolar. Su fidelidad y Su verdad son su cayado. Su Espíritu Santo es vertido sobre ella sin medida, para enseñarle, enlazarla y bendecirla. Suya es la justicia de Cristo, para ataviarse con ella en las moradas celestes. Sus cielos son los cielos de la esposa mística. Su trono es el suyo también. Y Su gloria y Su corona. La misma eternidad es para ella, para que pueda gozarse siempre. ¡Feliz el alma que responde a esta invitación amorosa!

**Al presente, la iglesia ve a su Novio solo con los ojos de la fe.
El velo de la carne impide la visión clara. Pero aún un poco
y el día de la gran boda llegará.**

Sin descanso

El novio no rehúye fatigas para poder traer sostén y abundancia a su amada. Así Cristo vive una vida de trabajo vigilante. No descansa de día ni de noche. Sus manos horadadas están siempre intercediendo y derramando suministros de gracia desde el cielo, para que, cada vez que surjan necesidades, él pueda satisfacerlas.

Las uniones terrenas conocen a menudo la pena de la separación. La severa voz del deber puede ordenar a veces: «Vete». La necesidad puede obligar a partir lejos. Pero nada en el cielo ni en la tierra, ni en el infierno, puede romper el abrazo que se ciñe en torno al Novio divino. En cada momento se halla más cerca que la misma sombra del que la proyecta. La vida se apoya en sus manos. La muerte sueña en su pecho. Ningún lazo puede fallar en el mundo de seguridad celestial: «*No te desampararé, ni te dejaré*» (Heb. 13:5).

En este frío mundo, los afectos suelen enfriarse. El día que amaneció con amor puede terminar con odio. Los gustos cambian y producen cambios. Los temperamentos discordes no concuerdan. Pero muy distinto es el matrimonio celestial. Siempre es verdad aquel texto: «*El que se une al Señor, un espíritu es con él*» (1ª Cor. 6:17). Cuando el Señor llama con amor, nos cambia por su Espíritu. Imparte una nueva naturaleza, cuyas pulsaciones van al unísono con las del Esposo. Es la misma armonía del cielo cuando Cristo es el todo.

Aquí, en este mundo, un hogar tiene que llorar a veces por causa de la impiedad que brota de allí mismo. Muchos han tenido que lamentar: «*¡Oh, Absalón, hijo mío!*». Pero de la unión celestial no surge más que simiente

celestial. Los creyentes son desposados con Cristo para que lleven fruto a Dios (Rom. 6:22). Aparte de Cristo, el corazón es un nido de maldad; unido a él, es el progenitor santo de cada gracia santa.

Con los ojos de la fe

Pero, al presente, la iglesia ve a su Novio solo con los ojos de la fe. El velo de la carne impide la visión clara. Pero aún un poco y el día de la gran boda llegará. Un mundo sorprendido oír la llamada: «*¡He aquí, viene el Novio!*». Se escucharán las voces de una gran multitud, como voz de muchas aguas y como voz de trueno que prorrumpirá en exclamaciones: «*¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! Gocémoslo y alegrémoslo y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado*» (Apoc 19:6-7).

Entonces Cristo brillará y será admirado en sus santos y glorificado en todos los que creen. La novia será traída delante del Rey, con alegría y gozo entrará en el palacio. El cántico nupcial será un incesante Aleluya. ¡Feliz el alma que responde a esta invitación amorosa!

Advertencia

Lector, ¿es tu feliz privilegio el conocer esta unión, que dura siempre, que cimenta tu corazón en Cristo y a Cristo en ti? Recuerda, pues, que esta bendita relación exige tu fidelidad. El Señor es celoso del amor de su pueblo. No debes alejarte de él ni un solo momento, ni en un solo pensamiento. Hay que ir con cuidado, porque ya han llegado los días cuando vienen extraños profesando ser los amigos del Novio. Incluso se levantan en púlpitos y hablan en Su nombre. Pero es posible

conocerlos por esta señal: Exaltan más a la novia que al Señor, enaltecen más sus ordenanzas que a Él mismo, la incitan a contemplarse a sí misma, a apoyarse en sí misma, a confiar en sí misma y a decorarse a sí misma con los disfraces de la falsa humildad y la superstición. Andemos con cuidado, el terreno es resbaladizo. Puede parecer agradable a nuestra naturaleza egoísta, pero ello desliza hacia el anticristo.

Si algún alma mundana, cuya vida está ligada a otros afectos, lee estas líneas, ¿no querrá volverse atrás y romper sus lazos? Las promesas del príncipe de este mundo son mentiras; su porción es angustia, su abrazo la muerte, su morada la oscuridad, su lecho las llamas del fuego, su unión un grito angustiado de agonía. Hombres y mujeres sumidos en la mundanalidad, ¿pueden ustedes amar a semejante consorte?



Los malhechores

Cierta vez estaba el predicador A.J. Gordon conversando con unos amigos después de un servicio, cuando le informaron que alguien le buscaba en el vestíbulo. Al salir, vio a un hombre con las facciones ásperas quien se le acercó para pedirle bruscamente dinero para pagar la cama por la noche.

Gordon respondió suavemente que le ayudaría y sacó su lápiz para escribir una orden. Sin embargo, esto no parecía hacer otra cosa que exasperar más al extraño. Dijo violentos insultos contra la sociedad y la iglesia, acusando a Dios como el responsable de su pobreza y del estado miserable en que había caído. En el transcurso de sus dichos, reveló el hecho de que ese mismo día había salido de la cárcel después de haber estado preso por robo.

Gordon trató en vano de sosegarle, así que desistió por completo. Entretanto, otro hombre que había estado escuchando a cierta distancia, se acercó y colocando una mano sobre el hombro del otro, empezó a hablarle de la crucifixión de Jesús. Describió con detalle la libertad de Barrabás, el camino al Gólgota, y las burlas de los soldados. Luego habló de los malhechores.

– Le clavaron en medio de dos ladrones – dijo –. Uno de ellos se burló y le maldijo; el otro se arrepintió, fue perdonado, y recibió la promesa del compañerismo de Jesús.

Se detuvo y preguntó con énfasis:

– ¿Sabe quién fue ese hombre?

– No – contestó el otro, suavizando su tono áspero por la curiosidad – nunca lo he oído.

– Pues bien – dijo con emoción su interlocutor –. Fui yo. Por años fui un ladrón, quebrantando las leyes de Dios y de los hombres. Al fin me metieron en la cárcel. Allí me quedé mes tras mes. Quieto en mi celda, veía un rostro triste, manchado con lágrimas, que me miraba con ojos que parecían rogarme. Me siguió fuera de la cárcel; me encontró en una misión en la ciudad, me constriñó, y cedí. Clamé: «Acuérdate de mí, Señor, cuando vengas en tu reino». De inmediato, la promesa de Jesús vino a mi corazón. ¡Yo era aquel malhechor!

Hubo un momento de silencio. Luego, el extraño dijo en un tono quedo:

– Sí, y yo era el otro.

En A.J. Gordon, *su Vida y su Obra*, de Ernesto B. Gordon

Para que la vida fluya y la iglesia sea edificada, se requieren colaboradores que estén dispuestos a tomar el camino de la cruz.

TEMA DE PORTADA



Cumpliendo las aflicciones de Cristo

Romeu Bornelli

Lectura: Colosenses 1:13-20.

Compartiendo algunos aspectos de la oración de Pablo en Colosenses 1:9-12, hemos visto su relación con la expresión «*asiéndonos de la Cabeza*» o glorificando a la Cabeza. Esta oración nos habla del pleno conocimiento de Dios y de su voluntad, de la potencia de su gloria, de nuestro llamado para contemplar su majestad personal y del poder que esta contemplación ejerce sobre nosotros.

Contemplando su gloria

La contemplación de Cristo, de sus glorias y de sus virtudes, tiene

la capacidad de transformar todo lo que nosotros somos. Por eso, Hebreos llama, a nuestra salvación, «*una salvación tan grande*», porque ella comprende todo lo que hay en nosotros: espíritu, alma y cuerpo.

Ahora, veremos algo sobre el significado de las aflicciones de Cristo en nuestra carne. No se trata de las aflicciones de Cristo en la cruz. Aquí, Pablo, siervo del Señor, dice que él cumple en su propia carne lo que resta de las aflicciones de Cristo, para que algo acontezca. ¿Qué es este algo? Lo dice el versículo 24: «*Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en*

mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia». Es a favor de la iglesia.

Sin embargo, antes de entrar en este tema, veremos los versículos ya citados, porque ellos son parte importante de lo que Pablo llama «glorificando a la Cabeza», y contienen una expresión magnífica de las glorias de Cristo. Nosotros fuimos llamados por el Espíritu de Dios para contemplar la potencia de su gloria y, de esta forma, ser transformados por aquel poder.

Atraídos a Él

«...el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo» (Col. 1:13). Esta es la base en la cual estamos, y nos hace recordar Éxodo capítulo 19, cuando el Señor llamó a su pueblo desde Egipto, y ellos cruzaron el Mar Rojo. La sangre del cordero pascual ya había sido derramada, y ellos fueron librados del exterminador. Después de tres meses de caminata, llegaron al monte Sinaí, y allí el Señor les habló a través de Moisés. «Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí» (Éx. 19:4).

«...os he traído a mí». Canaán es figura de las riquezas insondables de Cristo. El propósito de Dios es atraernos hacia sí mismo. En Éxodo 19:4-6, el Señor se compara a una gran águila. Allí estaba el pue-

blo, esclavo en Egipto, y un día, aquella águila de la gracia, del poder y del amor de Dios descendió sobre Egipto y puso sobre sí misma a todos aquellos que eran suyos, para sacarlos de Egipto.

Hemos sido transportados al reino del Hijo de Su amor. ¡Gracias al Señor! Colosenses 3:12 dice que nosotros somos escogidos de Dios, santos y amados, habiendo sido aceptos por él en el Amado.

Redimidos

«...en quien tenemos redención por su sangre» (v. 14). La palabra redención significa comprados en el mercado de esclavos. Somos redimidos; el Señor fue al mercado de esclavos y allí nos compró por un precio. «...el perdón de pecados». Nosotros, que ni siquiera podíamos levantar nuestros ojos al cielo, mucho menos llamar, a Dios, Padre, ahora tenemos la remisión de nuestros pecados. ¡Esto es maravilloso!

Dios nos ve a nosotros en Cristo, como Balaam en lo alto de aquel monte, mirando a Israel y diciendo: «No he notado iniquidad en Jacob». ¿Acaso Dios es ciego? No. Él veía, a aquel pueblo, en su Hijo, porque la sangre del cordero había sido derramada por ellos, en la tipología, apuntando a Cristo. Según Romanos 3, todos aquellos pecados cometidos antes, fueron reservados para que un día, cuando viniese el verdadero Cordero,

éstos fuesen depositados sobre el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Por eso, él no vio iniquidad en Jacob, ni ve maldad en nosotros.

Cristo, imagen del Dios invisible

«*Él es la imagen del Dios invisible*». En la Trinidad, solo una de sus personas expresa aquello que Dios es: el Verbo, el Hijo. Él es el Logos, «*la imagen del Dios invisible*». «*El que me ha visto a mí, ha visto al Padre*» (Jn. 14:9). «*Yo y el Padre uno somos*» (Jn. 10:30). «*A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer*» (Jn. 1:18). Al contemplar su gloria, nosotros somos transformados de gloria en gloria en su propia imagen, por la gracia de Dios.

¡Qué importante es la palabra *imagen*! «*Hagamos al hombre a nuestra imagen*» (Gén. 1:26). «*Él es la imagen del Dios invisible*». Esto significa que, cuando Dios quiso crear al hombre, había un prototipo celestial, el Hijo, el Logos de Dios. Por eso la oposición del diablo es tan grande, para destruir la imagen de Dios en nosotros, porque él sabe que el propósito de Dios es que nosotros compartamos la imagen del Hijo.

«*...levantaré mi trono... subiré, y seré semejante al Altísimo*» (Is. 14:13-14). Lo que Lucifer codició fue el lugar del Hijo, que es la imagen de Dios. Por eso, Pablo dice: «*Y el Dios*

de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies» (Rom. 16:20). Entonces, el Señor Jesús nos mirará y dirá: «*Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne*». Aquello que Adán dijo de Eva, es lo que la iglesia oirá del Señor Jesús. «*Hueso de mis huesos (ella tiene su realidad interior) y carne de mi carne*» (su expresión exterior).

El primogénito de toda creación

«*...el primogénito de toda creación*». En el texto citado al principio, es mencionada dos veces la palabra *primogénito*. Esta es la gloria de Cristo, «*el primogénito de toda creación*» (v. 15), y «*el primogénito de entre los muertos*» (v. 18). La palabra *primogénito* está interpretada en Salmos 89:27, diciendo, con respecto a David: «*Yo también le pondré por primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra*». *Primogénito* significa el más elevado. El Señor Jesús es «*el primogénito de toda creación*», no porque él haya sido creado. Él no fue creado, sino engendrado esencialmente en la Trinidad. Dios es eterno. El Padre es eterno, el Hijo es eterno.

El «*primogénito de toda creación*», significa que el Señor Jesús es más alto que toda la creación. Los versículos que siguen nos ayudan a entender cómo él es «*el primogénito de toda creación*». El versículo 16 empieza con la palabra: «*Porque...*», que explica el hecho de ser

el más excelso de toda creación. Aquí, la preposición «*porque*» es muy importante.

«*Porque en él fueron creadas todas las cosas*». Cristo Jesús, el Verbo, el Hijo de Dios, es la esfera de la creación. «*En él fueron creadas...*». Esto significa que, si el Señor Jesús pudiese sufrir alguna mudanza, alguna variación, si en él hubiese pecado, injusticia o mancha, toda la creación se desintegraría.

«*Todo fue creado por medio de él*». Él es el medio, el vehículo. Juan dice: «*Y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho*» (1:3). El Señor Jesús es el agente de la creación de Dios; en otras palabras, él es el Creador.

Reconciliación y regeneración

En la crucifixión, los evangelistas registran que, al mediodía, hubo tinieblas sobre la faz de la tierra. Cuando el Señor Jesús murió, los montes temblaron. ¿Por qué? Porque allí en la cruz estaba su Creador, Dios hecho carne. Entonces, cuando él murió, la creación se manifestó, porque el propio Creador estaba entregándose, asumiendo el lugar de una criatura; sin dejar de ser Dios, pero asumiendo una naturaleza humana. ¿Para qué? Para traer a toda criatura a la reconciliación.

Todas las cosas, en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra, fueron reconciliadas con Dios por la

sangre de Jesús. Esto quiere decir que, por causa de su muerte, en estos tres niveles, toda rodilla se doblará y todos confesarán que Jesucristo es el Señor. Por medio de la sangre de su cruz, él reconcilió consigo mismo todas las cosas.

Sin embargo, nosotros fuimos más que reconciliados – fuimos regenerados, recibimos la naturaleza de Dios en nosotros. Aun los demonios se postrarán y confesarán que Jesucristo es el Señor; pero no serán regenerados. Nosotros ya fuimos regenerados, y participamos de la naturaleza divina.

El propósito de Dios en el hombre

Hay un versículo muy interesante en Zacarías 12:1, que nos muestra cuatro esferas. «*Profecía de la palabra de Jehová acerca de Israel. Jehová, que extiende los cielos y funda la tierra, y forma el espíritu del hombre dentro de él*». La primera esfera es la Palabra (el Señor); la segunda son los cielos; la tercera, la tierra, y la cuarta, el espíritu del hombre.

Este versículo es maravilloso. Delante de la majestuosidad de los cielos, ¿qué es el espíritu del hombre? «*¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?*» (Sal. 8:4). Es tan pequeño delante del Señor que extendió los cielos y fundó la tierra. ¿Y qué es la tierra delante de este universo? Solo un granito de arena. Pero el Señor fundó la tie-

Hablar acerca de la cruz es fácil; pero andar este camino es nuestra respuesta voluntaria a los planes del Señor.

rra y aquí colocó al hombre, y al espíritu del hombre dentro de él.

¿Cuál es el propósito de Dios en esto? Formar al hombre, y poner dentro de él el espíritu del hombre, para que Dios, que es Espíritu, pudiese habitar en el espíritu del hombre. Este es un ítem central en el propósito de Dios al extender los cielos y fundar la tierra.

El propósito de Dios no está en los cielos, ni en la tierra, sino en el hombre. En el propósito de Dios, nosotros seríamos elevados para compartir, con el Hijo, su gloria, sus virtudes y aun su trono. Los cielos y la tierra fueron fundados con este propósito. No hay propósito en los cielos ni en la tierra, ni en la vida, si este propósito de Dios con el hombre no es cumplido.

Poder integrador

Regenerarnos, santificarnos, transformarnos y conformarnos a imagen de su Hijo, tal es el significado de la frase: «*todo fue creado por medio de él... y para él*». Esta última parte significa que él es la razón de lo creado. «*En él* (él es la esfera), *por medio de él* (él es el vehículo, el propio Creador) *y para él*» (él es el propósito, él es el fin, él es la razón).

«*Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten*» (v. 17), para que Cristo no sea confundido con la creación. La palabra traducida como *subsisten*, en el original, es muy especial. Significa que, en él, todas las cosas se mantienen vinculadas, cohesionadas. Es a causa del poder integrador de la plenitud de Cristo que todas las cosas son como son y no se desintegran, porque todo subsiste en él. Aun la rebelión del diablo y sus demonios está bajo el gobierno del Señor, porque todo subsiste en él. Satanás no es un ser autónomo; él está bajo restricción, bajo autoridad, porque hay un solo Señor, en el cual *todo* subsiste.

Primogénito de entre los muertos

Luego, el apóstol introduce de nuevo la palabra «*primogénito*», diciendo que Cristo es «*el primogénito de entre los muertos*». ¡Qué maravilloso! Vamos a entender esto desde otro ángulo.

«*El primogénito de toda creación*» significa que el Señor Jesús es la cabeza de toda creación, y «*el primogénito de entre los muertos*» significa que él es la cabeza de una nueva creación, porque la muerte

significa el fin. «*La paga del pecado es muerte*» (Rom. 6:23). Cuando Aquel que no tuvo pecado entró en el seno de la muerte, ésta no lo pudo retener, porque no tenía derechos sobre él.

El día en que el Señor Jesús murió fue el día de la muerte de la muerte. Por eso, Pablo señala que el Salvador «*sacó a luz la vida y la inmortalidad*». Hebreos capítulo 2 dice que él destruyó a la muerte. Entonces, «*el primogénito de entre los muertos*» hace del Señor Jesús la cabeza de una nueva creación.

Como cabeza de toda creación, él creó todas las cosas; todo es por medio de él y en él, todo subsiste en él. Pero, ¿qué significa la cabeza de una nueva creación? 2ª Cor. 5:17 dice: «*De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es*». Nueva creación en Cristo. Porque él es «*el primogénito de entre los muertos*», Jesucristo se torna la cabeza de esta nueva creación. Solo que esta nueva creación es más que el Señor Jesús – es el Señor Jesús como Cabeza, y un cuerpo de muchos miembros, unidos orgánicamente.

Primogénito entre muchos hermanos

El Señor había muerto como el Unigénito, el único grano de trigo de Dios; pero no resucitó como Unigénito, sino como «*el primogénito entre muchos hermanos*». En los días de su carne, él enfrentó a la

muerte más de una vez, antes que él mismo entrase en la muerte.

Recordemos el maravilloso pasaje de la resurrección de Lázaro. El Señor Jesús llegó a aquel lugar donde había muchos sepulcros. Su amigo había muerto. Entonces, por la voluntad del Padre, él obró una señal, para que quedase claro que él es la resurrección y la vida. Jesús dijo: «*Quitad la piedra*». Y luego, vean, él no dijo: «*¡Salid fuera!*», pues si hubiese hablado así, todos los muertos habrían salido. «*Los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán*» (Jn. 5:25). En cambio, él dijo: «*¡Lázaro, ven fuera!*», porque, en aquel momento, solo Lázaro debía salir.

Jesús es la resurrección. Este es «*el primogénito de entre los muertos*»; él murió solo, mas resucitó acompañado, como «*el primogénito entre muchos hermanos*», cabeza de una nueva creación. Por eso, Pablo usa de nuevo la palabra *primogénito* – «*el primogénito de entre los muertos*».

La Biblia ve a este mundo como una gran urna, cuya cubierta nadie podía romper. Cuando el Señor resucitó, él fue el primer hombre que rompió esa caja de muerte y fue más allá de ella. Como hombre, él se sentó a la diestra de la majestad en las alturas, y fue constituido sumo sacerdote, no por una ley de mandamiento carnal, sino «*según el poder de una vida indestructible*» (Heb. 7:16).

Cristo, cabeza del cuerpo que es la iglesia

«...y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia» (v. 18). El versículo 15 dice: «...de toda creación». Vean el contraste. Ahora, «de la iglesia». Aquí hay contrapuestas dos creaciones. La primera, la creación natural, y la segunda, una creación espiritual, una nueva creación en Cristo, permanente. La primera creación es sombra. Hebreos 1 dice que los cielos y tierra que ahora existen serán envueltos como un vestido viejo, y entonces surge una nueva creación, un nuevo cielo y una nueva tierra. ¡Gracias al Señor por su victoria!

Las aflicciones para edificación

Después de este trasfondo de las glorias del Señor Jesús como cabeza de la nueva creación, Pablo entra en un asunto consecuente con ello. En el versículo 24, él dice: «Ahora me gozo en lo que padezco...». Alguien podría decir: «Pablo, el asunto iba tan bien, estabas mostrando las glorias de Cristo, y ahora nos estás hablando sobre el sufrimiento...».

«Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros...». Esto significa que esta nueva creación, ya hecha y establecida en Cristo, no tendrá una revelación y una expresión automática. Es necesario que se cumpla un proceso, que acontezca algo en nosotros aquí y ahora. Para que

ocurra esta revelación de la gloria del Hijo de Dios, «toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora», aguardando «la libertad gloriosa de los hijos de Dios» (Rom. 8:21-22). Algo tiene que ocurrir con nosotros, y este es el asunto a partir del versículo 24, en relación con «las aflicciones de Cristo».

Sabemos que las aflicciones de Cristo para redención ya fueron cumplidas por Cristo mismo. Nadie podría participar de eso. Aquel lagar lo pisó el Señor solo; nadie más era digno de hacerlo. Nadie podría soportar la ira de Dios, sino solo el Señor Jesús. Estas son las aflicciones de Cristo para redención.

Pero no es de esto que Pablo está hablando aquí, porque no sería correcto decir que él cumple las aflicciones de Cristo para redención. Pablo es un pecador redimido. Las aflicciones que él está diciendo que cumple no son las aflicciones de Cristo para redención, sino las aflicciones de Cristo en lo que se refiere a la edificación. Esto es muy importante.

Participando de Sus aflicciones

En cuanto a las aflicciones de Cristo para edificación, él llama a colaboradores para participar en ellas. Esto es muy serio. Esto es lo que nosotros debemos experimentar ahora: participar de las afliccio-

nes de Cristo en nuestra carne, a favor de su Cuerpo, para que éste sea edificado, para que los hijos de Dios sean llevados a la madurez.

Sabemos esto porque, al final de este texto, en los versículos 28 y 29, Pablo dice que él se esfuerza, se fatiga, sufre, para «*presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre*». «*Perfecto*» significa un hombre completo, adulto, maduro, no un bebé.

«*El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios*» (Rom. 8:16). La palabra hijos, aquí, es *teknós*, niños de pecho. El Señor ama a sus bebés; pero él no desea que permanezcan en esa condición. Un bebé requiere cuidados permanentes. En la vida de la iglesia, hay hermanos que siempre necesitan ser cuidados, a veces por años. El tiempo pasa, pero ellos no crecen. ¡Qué extraño es esto! El cabello está blanco, la piel está arrugada, pero el bebé sigue dando trabajo a todos, sin avanzar. Pablo se esfuerza y sufre, para presentar a todo hombre maduro, perfecto, completo, en Cristo.

**La cruz no es el sufrimiento,
sino nuestra respuesta
a aquel sufrimiento.**

El segundo rasgo de un bebé es consecuencia del primero. Un bebé en Cristo no asume responsabilidad por otras vidas, pues él no sabe cuidar ni de sí mismo. No puede asumir responsabilidades, no puede aconsejar, amonestar, exhortar, cuidar, porque solo piensa en sí mismo. Pablo trabajaba para que otros fuesen adultos, maduros. Tales son «*las aflicciones de Cristo... en mi carne*».

El camino de la cruz

Nosotros somos colaboradores de Dios; él nos llamó para eso. Entonces, necesitamos experimentar las aflicciones de Cristo. Esto significa el camino de la cruz, la única vía para la edificación de la iglesia.

Veamos esto en figura. Recuerden cuando los sacerdotes fueron a cruzar el Jordán. El Jordán es un tipo de la muerte. Jordán significa «yendo hacia abajo, descendiendo». Así es el crecimiento espiritual. Cuando nosotros nos convertimos a Cristo, todos creíamos valer un 10. En su tiempo, eso era algo necesario. ¡Qué dádiva nos dio el Señor cuando nos compró! Teníamos un concepto muy alto de nosotros mismos; pero, entonces, el Espíritu Santo, usando la cruz, nos va reduciendo. El crecimiento espiritual va de 10 a cero. «*Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe*» (Jn. 3:30).

Cuando el pueblo llegó a orillas del Jordán, el arca se adelantó. El arca es figura de Cristo; en los hombros de los sacerdotes, es la primacía de Cristo. Los sacerdotes fueron al frente y, tocaron las aguas del Jordán, que estaban desbordándose. Había épocas en que el río podía ser fácilmente cruzado a pie. Pero el Señor no llevó a su pueblo al Jordán en ese tiempo, sino en la crecida del río.

Dios dijo a Josué: *«Yo os he entregado todo lugar que pisare la planta de vuestro pie»* (Jos. 1:3). Entonces, cuando los sacerdotes tocaron con la planta de su pie las aguas del Jordán, éstas se abrieron. Ellas debían abrirse por la fe. *«El justo por la fe vivirá»* (Gál. 3:11). Después, ellos entraron con el arca sobre los hombros, se pararon sobre el lecho del Jordán y allí permanecieron hasta que todo el pueblo pasó. Cuando el pueblo pasó, entonces los sacerdotes salieron del Jordán.

¿Cuál es la lección que el Señor quiere enseñarnos aquí? *«Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida»* (2ª Cor. 4:11-12).

Esta es una clara interpretación del paso del Jordán. Los sacerdotes permanecieron en el fondo del río, porque en ellos operó la muer-

te, y todo el pueblo pasó y entró en la herencia.

Disponiendo el corazón

Cuando pensamos en la edificación de la iglesia, aquí hay una pregunta fundamental. Si deseamos la edificación de la iglesia, ¿cuántos de nosotros vamos a morir? Porque en nosotros actúa la muerte para que en otros opere la vida. No hay otro camino para que la vida fluya si en la asamblea no hay hermanos que se dispongan a participar de las aflicciones de Cristo, para que la cruz trabaje en nuestras vidas.

Hablar acerca de la cruz es muy fácil; pero andar este camino es nuestra respuesta voluntaria a los planes del Señor, a los arreglos de las circunstancias, de la providencia de Dios. El sufrimiento no es cruz, porque éste viene sobre nosotros sin que lo pidamos. No necesito orar a Dios: *«Dame sufrimientos»*. En cada momento, el dolor viene sobre nosotros, pero esto no es la cruz.

Cuanto más sufrimos, podemos volvernos peores, más amargos, más egocéntricos. La cruz no es sufrimiento, sino nuestra respuesta al sufrimiento. Cuando estamos pasando por el dolor, si oramos: *«Señor, he recibido esto de tus manos»*, y añadimos: *«Habla, Señor, que tu siervo oye»*, eso es la cruz.

Job no fue transformado por el sufrimiento. Cuanto más sufría, más se quejaba de Dios. Pero, cuando el Señor habló con él a través de Eliú y de aquel torbellino, entonces, los sufrimientos más la palabra de Dios, lo quebrantaron. Los sufrimientos y la palabra de Dios son el camino de la cruz.

Un aprendizaje necesario

Cuando el Señor ordena las circunstancias, necesitamos aprender a doblegarnos y besar la mano que trata con nosotros; pero nuestra actitud en general no es de humillarnos, ponernos en sus manos, diciendo: «Habla, Señor, que tu siervo oye; trabaja en mi vida».

«Pasamos por el fuego y por el agua, y nos sacaste a abundancia» (Sal. 66:12). Esas son las aflicciones de Cristo. Nunca llegaremos a lugar espacioso sin pasar por el fuego y por el agua. El Señor nos ayuda a ver esto con claridad.

«Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia». No son las aflicciones de Cristo por Pablo. Son las aflicciones de Cristo en él, para la edificación de la iglesia, porque en algunos opera la muerte, pero en otros la vida, *«llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos»* (2ª Cor. 4:10).

«Las aflicciones de Cristo... en mi carne». ¡Qué gran expresión! Es el trabajo de la cruz, el arreglo de las circunstancias y el trabajo de la Palabra.

No es el azar; es la providencia de Dios, ordenando circunstancias didácticas. Él nos dio a nuestras esposas, a nuestros hijos, a nuestros hermanos, nos dio todo un ambiente para trabajar en nuestras vidas. Pero esto no será algo automático, sino que depende de nuestra respuesta. Si nos doblegamos, entonces él obrará en nosotros; pero si nos resistimos, nada nos aprovechará.

Lo mismo ocurre con relación a la palabra de Dios. La acción de la palabra de Dios en nosotros no es automática. Ella necesita ser acogida. Necesitamos obedecerla, necesitamos decir Sí a aquello que el Señor nos ha revelado, recibir con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar nuestras almas (Stgo. 1:21). Eso es llevar en nosotros la muerte de Jesús.

Visión de sí mismo

Hermanos, aun en el servicio a Dios, hay mucha carne en acción – carne que alaba, carne que sirve, carne que predica. Filipenses 3:3 dice: *«Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne»*. ¡Qué importante es esto! Para

poder adorar a Dios en espíritu y gloriarnos en Cristo, necesitamos conocer la carne.

¿Y quiénes somos nosotros? En los cinco primeros capítulos del libro de Isaías, el profeta tenía un «¡Ay!» para todo el pueblo. Era la visión sobre Judá y Jerusalén. «¡Ay de ti!». Pero, en el capítulo 6, aquello cambia. «*En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor*» (Is. 6:1). Ahora no es una visión para Judá ni para Jerusalén, sino una visión de sí mismo.

«*Vi yo al Señor... Entonces dije: ¡Ay de mí!*». Ya no es «¡Ay de ti!», sino «¡Ay de mí!». La traducción en español dice: «*¡Ay de mí, que soy muerto!*». Pero la expresión original es más fuerte: «*¡Ay de mí, que soy un hombre digno de muerte!*». Isaías, un profeta de Dios, ahora vio quién era él – un hombre digno de muerte.

Esto no es algo superficial. Es fácil decir: «Señor, yo soy el mayor pecador, soy un miserable», pero la realidad espiritual es muy diferente, porque, cuando hemos visto al Señor, las marcas de la visión de Cristo son evidentes en nuestra vida. Pablo dice: «*Nadie me cause molestias, porque yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús*» (Gál. 6:17). ¿Qué marcas eran éstas? El camino de la cruz. «*Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*» (Gál. 2:20).

¿Cuántos de nosotros queremos morir? Es voluntario. Podemos

decir: «No, yo no soporto esto, yo no quiero morir»; pero, si nos ofrecemos al Señor, las circunstancias y la Palabra harán su obra, y el resultado serán colaboradores de Dios que presentarán a todo hombre perfecto en Cristo.

Dolores de parto

Las aflicciones de Cristo, citadas en Colosenses, son llamadas de otra forma en Gálatas 4:19, y son exactamente la misma cosa. «*Hijos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros*».

¡Qué hermosa figura usa Pablo! Siendo un hombre, ¿qué sabía él de los dolores de parto? Él se ve como una mujer en trance de parto. Aquello es tan doloroso; pero, cuando el niño nace, la madre se olvida del dolor, por causa de aquella alegría.

Eso es lo que Pablo quería decir con los dolores de parto. «*Hijos míos –mis bebés– por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que –un proceso– Cristo sea formado en vosotros*». ¿Cuál es el camino para que Cristo sea plenamente formado en nosotros? Experimentar las aflicciones de Cristo, la cruz, en nosotros, real, profunda, verdaderamente actuando.

«*(Cristo) a quien anunciamos, amonestando a todo hombre...*». Pablo tenía tal claridad de este propósito de Dios de formar a Cristo

en nosotros, que él usa la expresión «amonestando (advirtiendo) a todo hombre». Esa palabra, en la lengua original, significa tomar a alguien del cuello, sacudiéndolo, para que vea el error de su conducta.

Eso es amonestar; es más fuerte que exhortar. Pablo dice que él hacía esto todos los días. Ese es el lado negativo. Entonces, él lo equilibra con el lado positivo: «...enseñando a todo hombre...». ¡Qué maravilloso! Amonestar y enseñar, como nosotros hacemos con nuestros hijos. Pablo hacía eso con «todo hombre», para presentar a todo hombre perfecto, maduro, capaz de asumir responsabilidades por otros. ¿Por qué? Porque ha experimentado el camino de la cruz.

Versículo 29: «...para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí». Necesitamos sondear esto profundamente. No hay ninguna otra meta en la obra de Dios que no sea ésta. «amonestando y enseñando... para presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre». Es para esto que Pablo se fatiga, esforzándose.

¡Cuánta necesidad hay en la obra de Dios! Todos nosotros so-

mos colaboradores, «luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí». Aquí hay un equilibrio divino. Mi esfuerzo, y el poder de Dios. Pablo no se cruzaba de brazos diciendo: «Estoy esperando en Dios».

A veces, necesitamos esperar en Dios; pero, cuando él nos da su luz, nos esforzaremos en aquello que él nos ha mostrado. Su potencia tiene que obrar poderosamente en nosotros. Tal es el equilibrio entre el esfuerzo y la gracia soberana de Dios, que viene a habilitar nuestro esfuerzo.

Que el Señor nos ayude a ver esto con claridad. Necesitamos interesarnos unos por otros, cuidar unos a otros, amarnos y exhortarnos unos a otros, «estimularnos al amor y a las buenas obras». El sentido de la palabra «estimular» alude a aquel agujón que se usa para pinchar al ganado. Tenemos que tomar el agujón de la verdad, en amor, para incentivar a nuestros hermanos a avanzar.

¡Gracias al Señor! Así es glorificada la Cabeza.

Mensaje impartido en Iquique, Chile, en noviembre de 2012.



La predicación no es ni más ni menos que la preparación del único sacrificio que puede ofrecerse a Dios, el corazón contrito y humillado, por sí mismo, por su pueblo, por el mundo. De ahí que la predicación del evangelio sea un acto de adoración.

Raymond Calkins, El Romance del Ministerio.

La bendición más grande de Abraham es que él llegó a entender que la más grande de todas las promesas no era la tierra física, sino que su verdadera herencia era Dios mismo.

TEMA DE PORTADA



Abraham y la vida en el Espíritu

Rodrigo Abarca

Lectura: Gálatas 3:1-7.

El elemento esencial para la vida de plenitud en el Espíritu es la fe. Pablo pregunta: «¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe? ¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?». «...las obras de la ley», aluden al esfuerzo del hombre por guardar los mandamientos de Dios. Es decir, ¿van a usar los recursos de la carne para perfeccionar su vida cristiana?

Por supuesto, esta es una pregunta retórica. La respuesta implícita es que ellos no pueden volver a confiar en su carne. Si la regeneración vino por medio de la fe, entonces también la madurez de la vida cristiana viene por el mismo camino – por el Espíritu, por medio de la fe.

Luego, Pablo introduce un ejemplo de la vida del Espíritu: «Así Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia. Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de

Abraham» (v. 6). «...para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu» (v. 14).

Abraham es el padre de todos los creyentes, y todos los que somos de la fe somos hijos espirituales de Abraham. Su vida es un ejemplo para todos aquellos que «siguen las pisadas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham» (Rom. 4:12). Antes de él, hubo otros creyentes, pero, estrictamente, en el sentido evangélico, fue el primer hombre llamado de las tinieblas a la luz.

La promesa: el Espíritu

Espiritualmente, la vida de Abraham es muy rica. Examinando su vida de fe, nosotros obtenemos y entramos en esa vida del cumplimiento de la promesa. La promesa a Abraham fue una tierra y una descendencia en esa tierra.

Pablo declara aquí que la verdad del cumplimiento de la promesa es el Espíritu. «...a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu». Es decir, el cumplimiento de todo lo que Dios prometió a Abraham, y la verdad del cumplimiento de todas las promesas en el Antiguo Testamento es el derramamiento y la habitación del Espíritu Santo. Por eso, él es llamado «el Espíritu Santo de la promesa».

Hechos 7:2-3 es un resumen de cómo Abraham comenzó su cami-

no de fe, el camino de la vida llena del Espíritu. «El Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham, estando en Mesopotamia, antes que morase en Harán, y le dijo: Sal de tu tierra y de tu parentela, y ven a la tierra que yo te mostraré».

Este es el mismo llamamiento que nosotros hemos recibido de Dios. En el caso de Abraham, era una tierra; pero esto tiene ahora un significado espiritual. «Sal de tu tierra y de tu parentela». Ur de los caldeos era una tierra sumida en las tinieblas, en la idolatría, era el dominio del pecado, de la muerte y de Satanás. «Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia» (Ef. 2:1-2).

Abraham estaba en Babilonia, que tipifica al mundo. La cabeza de Babilonia es Satanás (Isaías 14). Abraham estaba, como todos nosotros, sin conocimiento de Dios, perdido, condenado, bajo el poder de la muerte, del pecado y de Satanás. Pero vino entonces el llamamiento.

«El Dios de la gloria apareció a Abraham». Todo comenzó con una revelación de la gloria de Dios. Ese fue el comienzo de la fe de Abraham. La fe no surge en nosotros naturalmente; es siempre la

respuesta a la revelación de Dios mismo. La fe que viene del conocimiento de Dios es dada en forma sobrenatural.

La fe, don sobrenatural

Nuestra tentación es pensar que la fe es una cualidad especial que alguien tiene, y que algunos tienen más que otros. Pero no es así. ¿Por qué Abraham llegó a ser un hombre de fe? Porque el Dios de la gloria se le apareció. En esa revelación inicial, se le otorgó una medida de fe. Romanos 12:3 dice que cada uno de nosotros, junto con la revelación, ha recibido una medida de fe.

«Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (2ª Cor. 4:6). Este es el punto de partida de la vida cristiana. Quien no tiene ese conocimiento de primera mano, aún no ha iniciado su jornada. Abraham tuvo una visión de la gloria de Dios, una visión que está más allá de lo que podemos definir o comprender. Así comenzó la jornada de Abraham.

Pero ahora Dios le dijo: *«Sal de tu tierra y de tu parentela, y ven a la tierra que yo te mostraré»*. En Génesis 12 tenemos el mismo relato: *«Pero Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré»*. Cuando el Dios de glo-

ria apareció en nuestras vidas, este mismo llamamiento de Abraham vino a nosotros.

«Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre». El padre de Abraham era Taré. Pero, hablando estrictamente, el llamamiento a salir de su parentela se refiere a la generación humana completa, que lleva a Abraham y a cada uno de nosotros hasta el primer hombre – Adán. Todos nosotros estamos incluidos en Adán, y, según la Escritura, *«en Adán todos mueren»*. Todos llegamos a ser pecadores *en Adán*, y, en él, fuimos separados, destituidos de la gloria de Dios.

Salir de Adán

Todos somos de la misma naturaleza de Adán; por tal razón, estamos bajo el poder de las tinieblas, muertos en delitos y pecados. Por tanto, el llamamiento de Dios comienza con salir de esa primera humanidad y venir ahora a una segunda humanidad, que está en Cristo. Salir de Adán, de todo lo que recibimos de él, no solo la naturaleza biológica, sino también todo el sistema de vida que eso significa.

«...a la tierra que te mostraré». La tierra prometida representa las riquezas insondables de Cristo. El llamamiento ordena dejar toda aquella herencia de Adán y venir a un nuevo punto de partida, para echar raíces en un principio total-

mente nuevo, que es Cristo, el nuevo Hombre. Ese llamamiento gobernará todos los tratos de Dios con Abraham.

Abraham es llamado a entrar en la tierra y a tomar posesión de ella. En este llamamiento a salir de ese antiguo sistema de vida y venir a esta nueva realidad, la fe de Abraham tiene importancia fundamental. Porque eso lo hizo Abraham por medio de la fe, como vemos en Hebreos 11.

«Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba» (Heb. 11:8). Él obedeció al llamamiento y fue a la tierra que Dios le había de mostrar, aun sin saber cuál era esa tierra. Pero obedeció y salió; y la Palabra dice que fue «por la fe».

Definiendo la fe

¿Cómo podríamos definir la fe? La fe es el elemento vital en nuestra relación con Dios. Sin ella, no podemos vivir una vida de unión con Cristo y, por medio de él, con el Padre. Vamos a examinar primero la naturaleza de la fe, esa fe que permitió a Abraham introducirse en la tierra prometida, es decir, en esa vida de plenitud en Cristo.

Una traducción subjetiva

«Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve» (Heb. 11:1). Este versículo, la-

mentablemente, ha hecho tropezar a muchos cristianos, debido a una deficiente traducción. En nuestra versión Reina-Valera 1960, con la cual muchos de nosotros hemos crecido, la traducción nos lleva a una comprensión errada, porque el énfasis del traductor está en la fe como algo subjetivo.

La fe, según esta traducción, es una certeza, un estado subjetivo, un estado interior de nuestro ser. La fe, en este caso, sería un sentimiento de certeza o un sentimiento de convicción respecto a lo que no se ve. Si eso es la fe, tenemos problemas, porque en verdad es muy difícil vivir con un permanente sentimiento de seguridad, de certeza y de convicción.

Ahora, ¿cuál es la traducción objetiva del versículo? La palabra griega traducida como *certeza* es *hipóstasis*, la misma que aparece al principio de Hebreos, cuando dice que el Hijo de Dios es «la imagen misma de su *sustancia*». Vean cómo fue traducida de una manera tan distinta en ambos casos.

¿Por qué tanta diferencia? La palabra griega *hipóstasis* significa «lo que está por debajo de una cosa y la sustenta». Por eso, se traduce también como *fundamento*. Es aquello que no se ve, pero que da realidad, sustenta, la existencia de algo. En otras palabras, es la esencia, la sustancia, de una cosa. La sustancia de una cosa no la vemos, pero

es lo que hace real aquello que está allí. Eso es la *hipóstasis*.

El hecho objetivo de la fe

Y aquí se nos dice que la fe es la *hipóstasis* de lo que se espera. En otras palabras, por la fe, nosotros obtenemos la sustancia, el fundamento firme, de aquello que esperamos. Es algo muy distinto. El énfasis no está en lo que sentimos subjetivamente, sino en un hecho objetivo. La fe nos da el hecho objetivo, la sustancia, el fundamento cierto, de lo que esperamos. Por la fe, recibimos la sustancia. La diferencia es muy grande, porque la fe se refiere a un hecho objetivo que nos es impartido.

«...la convicción de lo que no se ve». Otra vez, la palabra *convicción* hace referencia a lo que uno siente con respecto a algo. Pero el énfasis aquí no es la *convicción*. La palabra griega significa *evidencia*. La traducción correcta es: «la evidencia de lo que no se ve». Por la fe, tenemos la evidencia, la prueba contundente, de lo que no se ve.

La fe no se apoya en el vacío. Siglos atrás, un filósofo cristiano, interpretando este versículo en esta versión, describió la fe como «un salto en la oscuridad». «Tengo confianza, tengo certeza, pero no sé en qué, y salto en la oscuridad, no sé hacia dónde». Pero no dice eso la Escritura.

La sustancia de la fe y la evidencia de la fe es Dios mismo. Es porque lo hemos visto, lo hemos tocado, y él nos ha dado la evidencia en nuestro corazón.

La sustancia de la fe

«El Dios de la gloria apareció a Abraham». La sustancia de la fe y la evidencia de esa fe es Dios mismo. Es porque lo hemos visto, lo hemos tocado, y él nos ha dado la evidencia en nuestro corazón. Así surge la fe. La fe se apoya en Dios y en el conocimiento de Dios. La esencia de la fe es Dios mismo. Eso es maravilloso. Y, porque lo conocemos y tenemos la evidencia de él dentro de nuestro ser, el Dios de gloria resplandeció en nuestro corazón, es que le creemos a él, a su Palabra. Es muy importante entender esto.

La fe se apoya en Dios. Nada menos que él puede ser el objeto de nuestra fe. Así comienza el camino de la fe. Por eso, dice el versículo 2: «Porque por ella alcanzaron buen testimonio los antiguos». La

medida de fe se relaciona con la medida de evidencia que tenemos de la gloria de Dios, depende de cuánto conocemos a Dios. Cuanto más le conocemos, mayor será nuestra fe. Ese es el gran secreto de la fe de Abraham.

Abraham no era una persona extraordinaria. Era como todos nosotros, pero él había visto; tenía evidencia. Él sabía lo que otros no sabían; había visto al Dios de la gloria, y eso explicaba su fe. Por eso obedeció, porque la garantía no estaba en la tierra. Dios no le mostró la tierra que le daría. No, la garantía era Dios mismo.

Abraham le creyó a Dios. El objeto de la fe es Dios. Por la fe conocemos a Dios. La fe no tiene nada que ver con los sentimientos. A veces, sentimos su presencia; pero la fe no es un estado subjetivo. La fe es entendimiento, conocimiento, evidencia, y es la respuesta del corazón a esa evidencia.

Riqueza insondable

Veamos un pequeño principio en la vida de Abraham, respecto de esa vida de plenitud en el Espíritu. Dios llamó a Abraham a vivir en esta tierra que representa la plenitud de Cristo. Es por medio de una vida llena del Espíritu que nos apropiamos de las riquezas insondables de Cristo, y es por medio del Espíritu que tales riquezas se convierten en nuestra experiencia.

«Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra» (Gén. 12:1-3).

Esta promesa de Dios a Abraham se desenvuelve a lo largo de todo el Antiguo Testamento y alcanza su completa realización con el Señor Jesucristo. La Escritura dice que a Abraham y a su simiente fueron hechas las promesas, y la simiente de Abraham es Cristo. Todas las promesas de Dios a Abraham tienen su realización en Cristo. Por medio de Cristo, la bendición de Abraham llegó hasta nosotros.

«Y se fue Abram, como Jehová le dijo; y Lot fue con él» (v. 4). Esto es muy importante. ¿Cuál es el mayor obstáculo para esa vida de fe que Dios desea para todos nosotros? ¿Por qué no todos viven esa vida de plenitud? ¿Por qué es tan difícil, aparentemente, apropiarse de esas riquezas de Cristo?

La presencia del viejo hombre

«Lot fue con él». Aquí tenemos una luz muy grande de la Escritura. Dios le había dicho a Abraham que saliera de su tierra y de su parentela. Él salió, pero se llevó con él a Lot, una parte de su parentela.

¿Qué significa eso en nuestra vida cristiana? Que, cuando somos unidos a Cristo por el Espíritu, nuestra carne, ese conjunto de hábitos, costumbres y pensamientos, aún viene con nosotros.

El viejo hombre, aunque fue crucificado juntamente con Cristo, aún vive en nuestro cuerpo y en nuestra mente. Pero el propósito de Dios es que dejemos atrás esa antigua vida, para que podamos de verdad disfrutar la vida de abundancia que él preparó para nosotros en Cristo.

La labor del enemigo

«Y era Abram de edad de setenta y cinco años cuando salió de Harán. Tomó, pues, Abram a Sarai su mujer, y a Lot hijo de su hermano, y todos sus bienes que habían ganado y las personas que habían adquirido en Harán, y salieron para ir a tierra de Canaán; y a tierra de Canaán llegaron. Y pasó Abram por aquella tierra hasta el lugar de Siquem, hasta el encino de More; y el cananeo estaba entonces en la tierra» (v. 4-6).

Presten atención a este segundo elemento: *«...y el cananeo estaba entonces en la tierra»*. Dos grandes obstáculos se levantan contra esa vida de plenitud en la tierra prometida. El primero es Lot, que viene pegado con Abraham desde el pasado; y el segundo, el cananeo. ¿Qué representa el cananeo? Efesios 6:12: *«Porque no tenemos lu-*

cha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes».

«...y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús». En esos lugares celestiales, tenemos lucha. Satanás y sus huestes intentarán apartarnos, para estorbar, para sofocar, si fuera posible, esa vida que tenemos en Cristo. En esa misma tierra, en esa vida nueva, está el cananeo para oponerse.

La permanente contienda entre el Espíritu y la carne

Ahora, si queremos venir a esa vida de plenitud en Cristo, tenemos que separarnos de Lot. Es Lot, nuestra carne, lo que impide esa vida plena. *«Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisieréis» (Gál. 5:17).*

No hay arreglo posible entre la carne y el Espíritu. Si vivimos para la carne, entonces el Espíritu no tiene lugar. Es excluyente: o la carne, o el Espíritu; pero no es posible servir a ambos a la vez. Si servimos al Espíritu, él hace morir las obras de la carne. Esa fue la gran lección que tuvo que aprender Abraham.

«Subió, pues, Abram de Egipto hacia el Neguev, él y su mujer, con todo

lo que tenía, y con él Lot» (Gén. 13:1). En el capítulo 12, se registra que Abraham descendió a Egipto. Egipto es el mundo con todos sus recursos. Abraham dejó esa vida de fe y descendió a Egipto, porque Lot andaba con él. Si andamos la carne, ella nos llevará siempre fuera de la vida de plenitud en Cristo. Cuando Abraham volvió de Egipto, todavía Lot estaba con él. Pero no podía seguir así para siempre.

«Y Abram era riquísimo en ganado, en plata y en oro» (13:2). En Cristo tenemos todo lo que necesitamos. «Y volvió por sus jornadas... hasta el lugar donde había estado antes su tienda entre Bet-el y Hai, al lugar del altar que había hecho allí antes...». Al llegar a la tierra prometida, lo primero que Abraham hizo fue edificar un altar. El altar señala una vida de consagración, de abandono en las manos de Dios. Cuando él vuelve de Egipto, reedifica el altar, regresa al punto en el cual había caído.

Persistencia de la carne

«También Lot, que andaba con Abram, tenía ovejas, vacas y tiendas»

(v. 5). No hay nada más insistente que nuestra carne. La carne, decía un escritor, puede crecer y desarrollarse aun alrededor del altar de Dios. Pero ella nos puede traer la ruina. ¿Por qué esa tentación permanente de volver a confiar en la carne y depender de ella? Porque la carne está llena de recursos, y está a la mano. Eso le aconteció a Abraham.

«Hubo entonces hambre en la tierra» (12:10). Aquello era para probar la fe. La vida en los lugares celestiales nos lleva a una dependencia más profunda de Dios. Pero, cuando parece que él no responde, echamos mano a la carne. Y la carne le dijo a Abraham: «En Egipto hay comida», y él descendió allá. Cuando se ha vivido toda una vida confiando en los recursos de la carne, es fácil volver a apelar a ella.

El versículo 6 es casi una transcripción del pasaje de Gálatas, donde dice que la carne y el Espíritu se oponen entre sí: «Y la tierra no era suficiente para que habitasen juntos, pues sus posesiones eran muchas, y no podían morar en un mismo lugar». Versículo 7: «Y hubo contienda

Llegó un momento en la vida de Abraham en que él se dio cuenta que, si Lot seguía con él, su vida con el Señor estaba arruinada.

entre los pastores del ganado de Abram y los pastores del ganado de Lot; y el cananeo y el ferezeo habitaban entonces en la tierra».

El cananeo y el ferezeo estaban allí. Satanás estaba allí. Y la acción de Satanás sobre nuestra vida es por medio de la carne. Si alguien halaga a su carne, la consiente, la protege y la justifica, tiene que saber una cosa: un día, esa carne lo hará sufrir, porque hay huestes espirituales de maldad determinadas a destruir su vida en Cristo. Y la base de apoyo de ellos es la carne.

La carne carece de valor para Dios

«Entonces Abram dijo a Lot: No haya ahora altercado entre nosotros dos, entre mis pastores y los tuyos, porque somos hermanos. ¿No está toda la tierra delante de ti? Yo te ruego que te apartes de mí. Si fueres a la mano izquierda, yo iré a la derecha; y si tú a la derecha, yo iré a la izquierda» (v. 8-9). Abraham tomó una decisión radical – no dar más lugar a su carne. Abraham amaba a Lot; pero llegó un momento en su vida en que se dio cuenta que, si Lot seguía con él, su vida con el Señor estaba arruinada.

Solo hay una manera de tratar con este problema. Nuestra carne fue crucificada juntamente con Cristo. Observen esto con atención – la carne no tiene ningún valor para Dios. *«Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien»* (Rom.

7:18). No hay nada en ella que pueda agradar a Dios. Dios, simplemente, ha tomado nuestra carne y la ha crucificado definitivamente en Cristo.

Aceptando el veredicto de Dios

Dios desechó la carne para siempre, y nosotros tenemos que aceptar el veredicto de Dios sobre ella. Si entendemos y aceptamos este veredicto, en un acto de fe y de obediencia, entonces tomaremos la determinación de no tener nada que ver con la carne. Eso es lo que hizo Abraham. *«Si fueres a la mano izquierda, yo iré a la derecha»*, es decir, voy a poner una distancia inseparable entre tú y yo.

El Señor Jesús dijo: *«Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti»* (Mat. 5:29). ¿Qué cosa puede ser más importante para alguien que su ojo derecho, su mano o su pie derecho? Imaginen lo que sería su vida sin alguno de estos miembros. Pero el Señor dice: *«...pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno»*. Así debemos tratar con nuestra carne, aceptando el veredicto de Dios sobre ella, y obrar con ella según ese veredicto. Eso fue lo que hizo Abraham.

La estrecha visión de Lot

«Y alzó Lot sus ojos, y vio toda la llanura del Jordán, que toda ella era

de riego, como el huerto de Jehová, como la tierra de Egipto en la dirección de Zoar, antes que destruyese Jehová a Sodoma y a Gomorra» (v. 10). Lot tipifica aquí a un creyente carnal, una persona regenerada, pero que vive para su carne.

Veamos la figura mostrada aquí. La tierra de Israel es una pendiente que va desde las alturas del Golán y desciende a lo largo del Jordán hasta llegar a una depresión a 400 metros bajo el nivel del mar, la llanura del Jordán, el lugar más bajo. Y allí, en el extremo sur, estaban las ciudades de Sodoma y Gomorra.

Abraham miró desde la altura – los lugares celestiales. Y Lot vio cuán atractiva era la tierra, cuántas posibilidades, cuántos beneficios ofrecía. Pero Abraham veía lo que los ojos físicos no ven y tocaba lo que los sentidos no tocan. Él veía al Dios de la gloria, en tanto los ojos de Lot solo veían lo que estaba delante de él, lo externo, lo aparente.

Lot no pensó en Abraham, sino que escogió de inmediato lo mejor para sí mismo. Así es la carne. «Aquí podré prosperar». No era nada pecaminoso; no había pecado allí, no inmediatamente. Pero la carne, siempre, al final, nos llevará al pecado y a la muerte.

«...y se fue Lot hacia el oriente, y se apartaron el uno del otro. Abram acampó en la tierra de Canaán, en tanto que Lot habitó en las ciudades de la

llanura, y fue poniendo sus tiendas hasta Sodoma» (v. 11-12). Abraham permaneció en la tierra donde Dios lo puso, y Lot llegó a establecerse en Sodoma.

«Mas los hombres de Sodoma eran malos y pecadores contra Jehová en gran manera» (v. 13). Esa fue la tragedia de Lot, porque él siguió los dictados de su carne. *«Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna»* (Gál. 6:8).

Dos caminos

Ahí tenemos los dos caminos. Abraham sembró para el Espíritu, y cosechó vida eterna; Lot sembró para su carne, y cosechó destrucción. Un día, Lot vio tras de sí un rastro de muerte, y su vida se convirtió, no solo para él, sino para su descendencia, en una fuente de maldición. Así es la carne.

Una vez que la carne fue juzgada y fue puesta a un lado, *«Jehová dijo a Abram, después que Lot se apartó de él: Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y el sur, y al oriente y al occidente. Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre»* (v. 14-15). Esta promesa alude a la posesión plena de las riquezas insondables de Cristo.

Conocemos la historia de Lot. La Escritura dice que Lot era un hombre justo y afligía su alma cada

día estando en Sodoma (2ª Ped. 2:7-8). Y, ¿por qué estaba él allí? Porque había salido en su carne. Estaba atrapado en Sodoma, y no podía salir. Cuántas personas hemos conocido que se han deslizado, y llega un momento en que están atrapadas, se angustian y lloran, sin poder salir, porque un vicio, una adicción o alguna cosa terrible se apoderó de ellos.

La carne nunca tendrá frutos, pues Dios la condenó para siempre. Sin embargo, Dios tuvo misericordia de Lot y lo mandó a buscar a Sodoma, por la intercesión de Abraham. Él nunca nos abandona, ni aun en nuestros pecados más terribles. Lot se salvó, pero, como dice Pablo, «*así como por fuego*» (1ª Cor. 3:15).

La vida de Lot se consumió, y él lo perdió todo. Su mujer se convirtió en estatua de sal, porque Sodoma se había metido en su corazón. Sus hijas se corrompieron; tuvieron hijos de su propio padre. Así es la carne, lo corrompe todo, lo destruye todo. La descendencia de Lot fue maldecida, porque de él nacieron los amonitas y los moabitas, excluidos para siempre de la congregación; ellos han sido los grandes enemigos del pueblo de Dios.

Los resultados

¡Qué rastro de muerte dejó Lot! Sin embargo, Abraham siguió al Espíritu y continuó avanzando. Y, ¿qué pasó con él? «*Era Abraham ya viejo, y bien avanzado en años; y Jehová había bendecido a Abraham en todo*» (Gén. 24:1). Es maravilloso.

Las bendiciones de la vida de fe, y las maldiciones de la vida en la carne, están registradas en Deuteronomio capítulo 28. En la historia de Abraham y de Lot, vemos una vida que segó bendición y otra vida que cosechó maldición. Pero la bendición más grande de Abraham es que él conoció y caminó con Dios y, a lo largo de los años de su caminar con Dios, llegó a descubrir que la más grande de todas las promesas y del cumplimiento de ellas no era la tierra física, sino que su verdadera herencia era Dios mismo.

Quien gana a Cristo, lo gana todo. La vida en el Espíritu, la vida de fe, no se apoya en lo que se ve, sino en lo que no se ve. No sigamos nuestra vista ni nuestros deseos, no obedezcamos a nuestra carne, sino aceptemos el juicio de Dios sobre ella y caminemos con nuestros ojos puestos en el Señor.

*Mensaje impartido en Santa Clara,
Cuba, en marzo de 2013.*



Nunca estamos tan alto como cuando estamos sobre nuestras rodillas.

Anónimo, en *Revista Betel*



El Espíritu Santo: la Biblia del nuevo pacto

Rubén Chacón

El apóstol Pablo, en su carta a los Romanos, nos presenta la buena noticia del evangelio que él predica. Esta buena noticia en relación con el pecado es doble; por una parte, nos dice que nuestros pecados tienen perdón a través de la preciosa y eficaz sangre de Cristo y, por otra, anuncia que hay liberación del pecado. El perdón de los pecados sin la liberación del pecado, convertiría la vida cristiana en un círculo vicioso de pecar-perdón-pecar. Sin embargo, la buena noticia del evangelio es que en Cristo ha sido provisto tanto el perdón como la liberación del pecado.

Muertos al pecado

En efecto, a partir del capítulo seis de Romanos, el apóstol Pablo declara que los creyentes no perseveraremos en el pecado, porque lisa y llanamente hemos muerto al pecado. En lo objetivo, nuestra muerte al pecado se ha producido de una manera doble. En primer lugar, en la cruz inclusiva de Cristo: «Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado **juntamente** con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado» (6:6). Y en segundo lugar, ese hecho objetivo se ha hecho válido, oficial y personal en el bautismo en agua. La cruz de

Cristo es universal y potencialmente liberadora del pecado de todos los hombres; no obstante, debe ser apropiada por medio de la fe y del bautismo: «¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?» (6:3).

Muertos a la ley

No obstante lo anterior, cuando Pablo concluye en el v. 14 introduce otro elemento vital en este asunto de la liberación del pecado. El dice: «Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues **no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia**» (6:14). Y este es el punto vital que acaparará nuestra atención. Para experimentar la liberación del pecado **no** es suficiente saber que estamos muertos al pecado en Cristo Jesús. Además, necesitamos estar libres de la ley. Sin la liberación de ella no podemos experimentar la liberación del pecado. Pero la buena noticia del evangelio es que los creyentes no estamos bajo la ley. Y ¿cómo fue posible esto? En la cruz de Cristo. En ella no solo hemos muerto al pecado, sino también a la ley: «Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo...» (7:4).

Ahora bien ¿por qué necesitábamos ser liberados de la ley para ser libres del pecado? Por la sencilla, pero profunda razón, de que **el poder del pecado está en la ley:**

«Ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder (gr. dinamis) del pecado, la ley» (1ª Cor. 15:56). Según Pablo, la ley no hacía otra cosa que despertar las malas pasiones en nosotros. Él, con mucha honestidad, dice: «Yo no conocí el pecado, sino por la ley» (7:7). Y: «Pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí» (7:9). Por supuesto, el problema no estaba en la ley; Pablo dice que ella es espiritual y es santa, «mas yo soy carnal, vendido al pecado» (7:14).

El hecho subjetivo

Pablo declara entonces que «sin la ley el pecado está muerto» (Rom. 7:8). El asunto es que, para que esta verdad opere en la experiencia, necesitamos de la bendita persona del Espíritu Santo. En efecto, y como ya dijimos, la liberación objetiva tanto del pecado como de la ley, ocurrió en la cruz de Cristo. En cambio, la liberación subjetiva de la ley –y por tanto del pecado– depende del hecho de andar en el Espíritu: «Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley» (Gál. 5:18). En otras palabras, **sólo** si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley. Para el hecho objetivo es suficiente Cristo; pero, para el hecho subjetivo es necesario el Espíritu Santo.

Esta es la importancia del capítulo 8 de Romanos. Para vivir Romanos 6 se requiere de Romanos

La letra de la Biblia es el eco de la voz interior del Espíritu Santo en nosotros.

8. Si a Romanos 6 le sigue en la experiencia Romanos 8, entonces no será necesario pasar por Romanos 7. Pero si no es así, entonces Romanos 7 es una advertencia de que, por muy glorioso que sea Romanos 6, no será nuestra experiencia.

El régimen nuevo del Espíritu

El Espíritu Santo es, pues, la salvaguarda divina a la pregunta paulina: «¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera» (6:15). ¿Por qué fue necesario que Pablo hiciera esta advertencia? ¿Qué significa el hecho de que no estamos bajo la ley? Significa que ya no estamos bajo ninguna demanda de Dios dada externamente. Recuerde que la ley estaba escrita en tablas de piedra fuera de nosotros. Dios mismo en Cristo nos ha eximido de toda obligación externa de su voluntad. Por eso la pregunta de Pablo era totalmente pertinente. Si estamos libres de todo mandamiento externo de Dios ¿podemos entonces hacer lo que se nos ocurra? Si estamos libres de la ley, entonces ¿somos li-

bres para adúlterar, robar o mentir? Como contestaría el apóstol: En ninguna manera. Pero ¿por qué no? Porque la buena noticia del evangelio anuncia que «ahora estamos libres de la ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra» (7:6). El término «régimen» significa «gobierno». Fuimos rescatados de un tipo de gobierno y trasladados a otro. Ya no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia. Ya no estamos bajo el gobierno de la letra, pero sí bajo el gobierno del Espíritu.

Libres del régimen viejo de la letra

Y a propósito de la expresión «régimen de la letra» quisiera profundizar en algo delicado, pero que es de vital importancia para ayudar a la experiencia de estas verdades. ¿Cuántos ven que el término «letra» que usa Pablo aquí es perfectamente aplicable, no solo a los 613 mandamientos de la ley de Moisés, sino a toda la letra de la Biblia? Por supuesto que el espíritu de la letra de las Escrituras es la Palabra de Dios, pero en cuanto y en tanto «letra», la Biblia es una ley externa y, por tanto, parte también de la ley. De manera que no debemos servir a Dios, ni bajo el régimen viejo de la letra de la ley ni tampoco bajo el régimen de la letra de la Biblia.

La gran diferencia entre el viejo pacto y el nuevo consiste precisamente en este hecho: «*Pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiré*» (Heb. 10:16). ¿Cuántos ven esto? En el nuevo pacto los creyentes no somos gobernados desde afuera, ni siquiera por la letra de la Biblia, sino que somos gobernados interiormente. Los mandamientos que nos rigen son los mismos que leemos en nuestras Biblias, pero ahora están dentro de nosotros y no fuera. Pero ¿cómo fue posible esta gloria? El profeta Ezequiel, profetizando acerca del nuevo pacto, lo explica así: «*Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu*», dice el Señor, «*y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra*» (36:27). ¿Te das cuenta? Por el hecho glorioso de ser habitados por el Espíritu Santo, tenemos escrito en nosotros sus mandamientos. Las leyes divinas están en el Espíritu Santo, o mejor dicho, el Espíritu Santo es la ley que ahora nos gobierna; él es el espíritu de la letra de la Biblia. El glorioso y bendito Espíritu Santo es, pues, la Biblia para los que están en el nuevo pacto. Y él no es un libro, es una persona y es Dios mismo.

El lugar de las Escrituras

¿Cuál es entonces la utilidad y la función del libro llamado la Biblia? En este punto debemos ser

absolutamente claros, firmes y absolutos si queremos vivir la gloria del nuevo pacto. ¿Realmente necesitamos el libro? ¿No queda la impresión con lo expuesto hasta aquí, que está sobrando? Si es verdad que a través del Espíritu mora en nosotros el espíritu de la Biblia ¿para qué necesitamos el libro? Si para fundamentar la necesidad de la Biblia afirmamos que el libro es necesario para poder saber la voluntad de Dios, cabe entonces la pregunta: ¿Acaso no es el Espíritu Santo el que en el nuevo pacto nos da a conocer la voluntad de Dios? Si es así: ¿para qué necesitamos entonces Las Escrituras? O ¿El Espíritu no es suficiente para tal efecto? Y si afirmamos que la necesidad de la Biblia radica en el hecho de que a través de ella somos guiados ¿para qué entonces mora en nosotros el Espíritu Santo? ¿No se supone que es el Espíritu el que nos guiará a toda la verdad?

¿No debiéramos entonces deshacernos del libro? En ninguna manera. Porque ¿cómo reconoceríamos la voz del Espíritu Santo si no conociésemos las Escrituras? ¿Cómo nos aseguraríamos de no estar confundiendo al Espíritu Santo con nuestros pensamientos, emociones, sentimientos y motivaciones? No olvidemos que el Espíritu Santo es el espíritu de la letra de la Biblia. Por lo tanto, la letra de la Biblia es el eco de la voz interior

del Espíritu Santo en nosotros. Y es precisamente ese eco objetivo, el que permite **reconocer** que es el Espíritu Santo el que nos está hablando de manera subjetiva. Por lo tanto, podemos afirmar con toda la fuerza, lo siguiente: Mientras menos conozcamos Las Escrituras, menos capacitados estaremos para reconocer la dirección del Espíritu Santo. Por el contrario, *mientras más profundamente conozcamos la Biblia, más profundamente conoceremos la voz del Espíritu.*

No obstante, en ningún caso esto significa que estamos gobernados por una ley externa llamada la Biblia. Ella simplemente es el **espejo** que permite conocer, descubrir y reconocer que efectiva-

mente es el Espíritu Santo el que nos está hablando y guiando. Cada vez que estudiamos las Escrituras, no lo hacemos para ponernos bajo las demandas de lo que leemos – pues ello sería ponernos bajo la ley y otorgarle al pecado poder sobre nosotros– sino para tener los elementos necesarios de re-conocimiento a la hora de percibir al Espíritu Santo. Ya no estamos bajo el régimen viejo de la letra, sino bajo el régimen nuevo del espíritu de la letra, esto es, del Espíritu Santo. El nuevo pacto también tiene una ley. Pero esa ley no es un libro, sino una persona divina. Es la ley del Espíritu de vida que en Cristo Jesús nos ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Amén.



El volantín insatisfecho

Había una vez un volantín (cometa o barrilete) al que le gustaba volar alto. Nada lo hacía más feliz que quedar atrapado en una fuerte brisa que lo remontara bien alto, mucho más arriba de las praderas cubiertas de hierba. Le encantaba sentir el viento y ver el vasto panorama lejano.

Sin embargo, poco a poco el volantín se fue sintiendo insatisfecho. ¿No sería maravilloso poder volar incluso más alto de lo que le permitía la cuerda? En lo único que pensaba era en el día en que flotase tan alto que las casas le parecieran pequeños puntitos abajo, y que pudiera rozar las nubes. Así que tiraba más y más la cuerda con la esperanza de zafarse.

Un día, la cuerda se rompió. Por un momento, el volantín se sintió muy exaltado, pues se elevó aún más. Pero entonces empezó a dar volteretas y a perder el control. Al poco tiempo se estrelló contra el suelo.

Desafortunadamente nosotros somos así a veces. Queremos ir a lugares y hacer cosas que moralmente están fuera de nuestras fronteras. Tiramos del señorío de Cristo, pensando que si pudiésemos ser libres seríamos felices. Pero, al igual que el volantín, cuanto más libres parecemos ser, nos estrellamos. Nuestra verdadera libertad consiste en estar ligados a Cristo.

Adaptado de *Nuestro Pan Diario*

La expectativa del Señor es ser agradado en todo lo que nosotros hacemos; no solo en el culto, en la alabanza o en la predicación.

TEMA DE PORTADA



Agradando al Señor en todo

Álvaro Astete

«...para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios; fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria» (Col. 1:10-11).

Una norma superior

Vivimos en una sociedad en la cual, a menudo, se hace complejo vivir. Estamos rodeados de preceptos, de principios, de estatutos morales que intentan guiar nuestra conducta. Pero, el mundo como sistema, no está moralmente capacitado para regular la conducta humana. Esta es una sociedad que ha llamado, tal como dijo el profeta Isaías, «a lo que es dulce, amargo, y a lo amargo, dulce» (Isaías 5).

Esta es una sociedad cuya norma moral es muy baja; en conse-

cuencia, nosotros, los que somos de Dios, quienes nos identificamos con la persona y obra de nuestro Señor Jesucristo, no podemos vivir de acuerdo a esa medida. Hay una frase muy importante, que Pablo señala en Colosenses y repite en su carta a los Efesios – «*agradándole en todo*». El énfasis en Efesios, es llamar a los hermanos a que vivan comprobando lo que es agradable al Señor. Por lo tanto, este «agradar al Señor», esta norma de conducta cristiana, es mucho más elevada que aun la misma ley de Moisés.

Comprobando su agrado

Nosotros solemos pensar, erradamente, que por estar hoy viviendo bajo la gracia del Señor, podemos permitirnos ciertas licencias. Pareciera ser que estar bajo la gracia nos da oportunidad de pecar, porque tenemos la sangre del Señor para perdón de nuestros pecados.

Sin embargo, lo que el Espíritu Santo nos está diciendo, a través de ambas cartas, es que nuestra manera de vivir no debe ya estar sujeta a mandamientos o a ordenanzas externas, ni estamos bajo los antiguos preceptos acerca de lo que es bueno o es malo. Pero sí, nuestras vidas, deben estar guiadas por este principio: agradecer al Señor en todo.

En cuanto a normas de conducta, a qué hacer en tal o cual ocasión, hay cosas que no están explícitamente registradas en las Escrituras. Sin embargo, cuando nos vemos enfrentados a este tipo de situaciones, nuestra pregunta debe ser: «Señor, ¿esto agrada a tu corazón?».

Agradecemos las preciosas enseñanzas respecto al gobierno del Espíritu Santo, y, especialmente, cómo ese gobierno se hace práctico en lo concerniente a comprobar lo que es grato al Señor. En primer lugar, es el Espíritu de Dios, en nuestro corazón, quien nos dará tal testimonio. Luego tenemos su Palabra escrita, la cual es nuestra hoja

de ruta en la vida. Podemos ir a ella y consultar. Y, en tercer lugar, tenemos la iglesia, la comunión de los hermanos; allí también hallaremos la voz del Señor. Entonces, en base a estas tres instancias, podemos comprobar lo que satisface Su corazón.

Por tanto, si, enfrentados a un asunto en particular que deseamos realizar, no tenemos una respuesta evidente del Señor, e ignoramos si aquello le agrada, no nos movamos sin tener antes el testimonio claro en nuestro corazón.

Estamos hoy viviendo un tiempo muy peligroso. Son tiempos de batalla, en que la verdad del Señor es fuertemente resistida. Tal vez no lo percibimos; pero el enemigo está todos los días trabajando, elaborando mentiras cada vez más sutiles, a fin de engañarnos y robarnos la fe, para que nuestra vida no sea del agrado del Señor.

Dos hijos perdidos

Vamos a ilustrar esto a través de una parábola del Señor en Lucas capítulo 15. Es la llamada parábola del hijo pródigo, aunque ese título no se corresponde muy bien con el contenido, porque el foco de atención allí no es el hijo perdido, sino el amor grande y sublime del padre.

El relato habla de un padre que tenía dos hijos. Uno de ellos le pide la herencia a su padre, en vida. Y,

una vez que la recibe, el hijo se va del hogar y despilfarra su herencia, quedando sin nada. En tal situación de absoluta pobreza, él asume un trabajo denigrante y desciende a un estado inferior al de un cerdo, llegando a desear comer la comida de aquellos animales.

Estando allí, entre los cerdos, se da cuenta de la condición en la cual ha caído, toma la determinación de regresar a casa y prepara un discurso. «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros». Luego, con el triste discurso en su corazón, emprende el largo camino de retorno. Cuando el padre ve venir a su hijo, se ciñe sus vestiduras y corre a su encuentro. ¿Y lo recrimina? No. El hijo venía de un lugar sucio; sin embargo el padre lo abrazó y lo besó.

Esto es muy importante: la actitud del padre para con este hijo es una actitud llena de amor. Él mandó a los siervos traerle ropa, anillo y calzado, y ordenó que prepararan un becerro gordo, para hacer fiesta, porque este, su hijo que había muerto, ahora había vivido; aquel que estaba perdido, ahora había sido hallado.

El segundo hijo

El corazón del padre se alegra profundamente. Pero, después, aparece el otro hijo, aquel que

siempre había estado en casa. ¿Cuál fue su reacción? Él venía del campo, y preguntó a uno de los sirvientes acerca de la fiesta que se oía en la casa. Y, cuando le contaron lo que ocurría, éste se enojó y dijo: «Padre, yo he estado todo el tiempo contigo, no te he desobedecido jamás. Yo no he sido como él, y no me has dado ni un cabrito para matar y alegrarme con mis amigos».

Al hijo pródigo siempre lo identificamos con un no creyente, alguien que está sin Cristo y que viene a los pies del Señor, y el Señor se alegra por aquel pecador arrependido. Y eso es así. Pero, si el hijo pródigo representa a este tipo de personas, ¿a quién representa este otro hijo que estaba en la casa?

A la luz del relato, aquí hay dos hijos perdidos, no solo uno. Sí, hay uno que se fue lejos y desperdició la herencia de su padre. Sí, aquel hijo se perdió. Pero, este otro, que permaneció en casa, cuya jactancia era haber estado siempre allí, ¿a quién representa? A un hombre religioso, o a una mujer religiosa. Porque él se gloriaba por estar en la casa.

Pero, ¿cuál fue la actitud de éste, que siempre estuvo «cerca»? ¿Tuvo él la misma actitud de su padre? No. El padre se alegró, hizo fiesta; ordenó ponerle a su hijo túnica nueva y un anillo, que significa que volvía a ser heredero. El que había

perdido la herencia, volvió a tenerla. Era la gracia del padre. Pero, la actitud del hijo que estaba en casa fue completamente contraria.

Actitud religiosa

¿Qué nos indica esto? Esta es una actitud religiosa. Ser religioso no es tener una religión; ser religioso es una actitud del corazón. Este hijo estaba cerca, siempre en la casa del padre. Sin embargo, él se indignó; cuando el padre estaba alegre, él se enojó. Frente a la misma situación, el padre y este hijo tuvieron sentimientos distintos. Vemos que aquí hay dos hijos perdidos, porque aquel que estaba físicamente en casa, estaba igualmente perdido; llegó a estar «muy lejos del corazón» de su padre.

Estar en la casa no significa necesariamente estar cerca y tener plena comunión o intimidad con el Padre; no significa necesariamente que nuestro corazón y el corazón de Dios sean uno. Nos volvemos religiosos cuando tenemos este tipo de argumentos, cuando tenemos por nuestra la gloria el haber permanecido en las reuniones de la iglesia, y creer que estamos bien porque estamos físicamente allí.

Podemos estar presentes en todas las reuniones, asistir a cuanto evento se organice entre los hermanos y aun llenarnos de abundante información bíblica. Esto puede ser

semejante a «estar en la casa del padre»; pero convengamos en que tal cosa no garantiza que nuestro corazón sea como el suyo.

Este hijo se enojó profundamente, y el padre, paciente, viene a hablar a su corazón. Noten el amor del padre. Tampoco lo reprende, sino que le dice: «Hijo, tú siempre has estado conmigo». En esta frase, hay una exhortación implícita, como diciendo: «Por lo mismo, yo demando de ti una reacción semejante a la mía. Has estado aquí siempre, pero aún no me conoces. Hemos tenido todo este tiempo juntos; es verdad que nunca te has ido. Pero, hijo, ¿no deberías haber sabido tú cuál sería mi reacción ante un eventual regreso de mi hijo? ¿Cómo es posible que el regreso de tu hermano no te conmueva también a ti?».

Vemos que el corazón de este hijo quedó en evidencia. Él no sabía cómo era el corazón de su padre. ¿Cómo podría haberle agradado?

El «tercer» hijo

Aquí tenemos dos hijos; pero también hay un tercero. Y este es el mismo primero, aquel hijo que estaba muerto y ahora ha vivido. Éste, que estaba perdido, ahora es hallado y viene a ser nueva criatura. En realidad, aquí tenemos tres hijos: el hijo perdido que se fue al mundo; el hijo que estaba en casa,

que es el religioso, y el hijo que verdaderamente nació de nuevo. Ahora, el punto es con cuál de estos tres hijos nos identificamos nosotros, ¿cuál de los tres nos representa hoy?

Nuestro objetivo en esta vida debe ser éste: agradecer al Señor. En todo lo que realicemos; no solo de nuestros cultos, de nuestra alabanza o de nuestra predicación, sino en todas las cosas y áreas de nuestras vidas, él debe ser complacido.

Semilla y fruto

En Colosenses se señala que agradecer al Señor implica, primeramente, dar *«fruto en toda buena obra»*. El problema de muchos cristianos es que por años han acumulado semillas, pero sus vidas reflejan muy poco fruto. ¿Qué logramos con tener una tierra llena de semillas, si ella no produce fruto? Podemos tener el corazón repleto,

**Nuestra vida está diseñada
para agradar Su corazón.
Tenemos la vida de Cristo
en nosotros, y esta es la vida
que complace al Padre.**

saber muchas cosas, pero aun así, llevar vidas estériles.

Podemos tener luz y revelación de la Palabra, podemos leerla y entenderla, y ella nos da luz. Sin embargo, si alguien tiene solo la luz de la palabra y no la vida que ella debería producir, es muy fácil que el enemigo venga con sutilezas, con engaño, y pueda convertirlo en un apóstata. Ese es el riesgo que muchos corren hoy.

Un apóstata no es alguien que nunca ha recibido luz o que nunca ha conocido la verdad, sino alguien que en algún momento recibió la luz del Señor, pero, como no tuvo la vida de esa Palabra, sino que ésta fue en él solo semilla sin fruto, fácilmente cayó bajo engaño. Ese es el peligro que hoy corremos, y esa es la batalla que hoy libramos, como iglesia de Jesucristo, en medio de una sociedad en la cual el relativismo se impone de forma creciente.

El relativismo es, de alguna forma, una especie de dictadura. Hoy día, ya nadie acepta la verdad; nadie acepta verdades absolutas. Todo es relativo; todo puede ser bueno o malo, dependiendo de la perspectiva en la cual te encuentres.

Hermanos amados, recibamos seriamente esta advertencia del Espíritu: si la verdad que hemos recibido del Señor no da fruto en nuestro corazón, estamos en ries-

go de convertirnos en apóstatas de la fe. No debemos vivir estos días de manera relajada, como si nada estuviese pasando, como si todo estuviese normal. En el ámbito espiritual, están ocurriendo muchas cosas. Cada día hay una mentira nueva, un nuevo engaño arrastrando a muchos, y nosotros debemos estar preparados para ello. Estos son riesgos reales.

El lenguaje de Asdod

Veamos un relato en el libro de Nehemías. El profeta habla sobre la restauración, y él juzga muchas cosas equivocadas en Israel en ese tiempo. Pero hay una de ellas que es muy particular. Veamos: *«Vi así mismo en aquellos días a judíos que habían tomado mujeres de Asdod, amonitas, y moabitas; y la mitad de sus hijos hablaban la lengua de Asdod, porque no sabían hablar judaico, sino que hablaban conforme a la lengua de cada pueblo»* (Neh. 13:23-24).

Este pasaje es muy interesante. Es fácil entender lo que ocurría aquí. Históricamente, el pueblo judío se mezcló con otros pueblos, y en ese mezclarse ocurrió un fenómeno lingüístico. La lengua de los judíos fue desapareciendo, y fue predominando la lengua de los otros pueblos, a tal punto que llegó a haber una mezcla entre dos idiomas, de manera que la mitad de los hijos de Israel usaba la lengua de Asdod o de otros pueblos,

y no sabían hablar su propia lengua.

Trayendo esto al plano espiritual, ¿qué lenguaje hablamos nosotros y nuestros hijos? El lenguaje siempre está asociado a la identidad de un pueblo. Y nosotros, ¿tenemos identidad? Sí, por supuesto que la tenemos. Nosotros somos del cielo, somos de Cristo, amamos su gloria; por lo tanto, nuestro hablar es celestial, es el lenguaje de Dios, la lengua de la fe.

Sin embargo, estamos en el mismo riesgo de sufrir lo que le ocurrió al pueblo de Israel, y hablar hoy un lenguaje mezclado. ¿Será que ya no hablamos un lenguaje puro, el idioma de la patria de la cual somos? Lo más terrible aquí es que la nueva generación no sabía hablar el idioma judío. Era tal la mezcla, que ya habían perdido los sonidos de su lengua. Con nosotros también puede ocurrir lo mismo. Si nuestra identidad no está firme en nuestro corazón, si nuestro corazón está lleno de semillas, pero no de frutos, si tenemos la luz de la Palabra pero no la vida de esa Palabra, esto indica que no estamos complaciendo al Señor; porque él se agrada, como veíamos en Colosenses, en que demos fruto.

La higuera frondosa

¿Recuerdan cuando el Señor pasó junto a la higuera? (Mat.

21:19). Esa higuera era frondosa, grande y hermosa. Cualquiera se maravillaría de ella. Pero el Señor, que tiene ojos como llama de fuego –al cual no podemos impresionar con cosas externas, porque él conoce el corazón–, fue hacia la higuera, la examinó cuidadosamente, y no encontró fruto alguno. Sabemos la sentencia que vino después sobre ella. Y, cuando ellos pasaron por allí, de vuelta, el árbol estaba seco.

Nosotros podemos, perfectamente, caer en la trampa de la higuera frondosa. A los ojos de los demás, podemos aparecer muy «frondosos», pero el Señor no se deslumbra por eso. Él, que es el dueño de la higuera, examinará si hay fruto en ella. Él no se alegra de las hojas verdes, sino del fruto.

Que, cuando el Señor venga a examinarnos, encuentre no solo semillas, sino frutos. Debemos reflexionar en qué es lo que pasa con nosotros. ¿Por qué, teniendo tanta semilla en nuestro corazón, no hay suficiente fruto? ¿Por qué, si sabemos tantas cosas, muchas veces vivimos como si no supiésemos nada? ¿Por qué, si tenemos la luz de la Palabra, no tenemos la vida?

Removiendo obstáculos

Que el Señor nos permita, en estos días, vivir nuestra vida de tal manera que ella sea grata al Señor.

Sin embargo, puede ser que haya algo en nosotros que esté impidiendo que la vida germine para que el fruto aparezca. El Señor nos alumbró, con el fin de descubrir y quitar cualquier impedimento para que demos fruto hoy.

El Señor también nos sacuda de todo espíritu de religiosidad. Enfatizamos esto: No se necesita tener una religión para transformarse en un religioso. Ser religioso es una actitud del corazón. De acuerdo a lo que hemos visto hoy, ser religioso es no sentir lo mismo que el Padre siente.

Nuestra gloria puede ser el pertenecer a la iglesia en determinado lugar, pero eso no basta. Tenemos que llegar a tal punto en nuestra vida en que, cuando el Padre se alegre con algo, nosotros también nos alegremos con él; que, cuando el Padre juzgue algo, nosotros también lo juzguemos. Pero lo que no puede darse es que él se alegre y nosotros nos enojemos. Si eso ocurre, es un indicador de que nuestro corazón está muy lejos del Señor, aun cuando permanecemos congregados como iglesia.

El Señor nos socorra. Nuestra vida está diseñada para agradecer Su corazón. Tenemos la vida de Cristo en nosotros, y esta es la vida que complace al Padre.

Resumen de mensaje impartido en Temuco (Chile), en agosto de 2013.



Un ejemplo de cómo Dios el Padre valora los propósitos y las realizaciones del hombre solo en la medida en que ellos están conectados con el Hijo de su amor.

LEGADO

El vaso de alabastro

C.H. Makintosh

En este tiempo de tantos afanes e incesante actividad, es muy necesario considerar que Dios ve todo desde un único punto de vista, mide todo por una sola regla, lo prueba todo por una misma piedra de toque, y esa piedra de toque, esa regla, ese punto de vista, es Cristo. Él valora las cosas solo en la medida en que están conectadas con el Hijo de su amor, y nada más. Lo que se hace a Cristo, lo que se hace por él, es precioso para Dios. Todo lo demás carece de valor.

Complaciendo a los hombres

Se puede realizar una gran cantidad de trabajo y obtener de esta forma muchos elogios de los hombres; pero cuando Dios venga a

«Y estando Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso, vino a él una mujer, con un vaso de alabastro de perfume de gran precio, y lo derramó sobre la cabeza de él, estando sentado a la mesa» (Mat. 26:6-7).

examinar esa obra, él buscará solo una cosa, y esta es la medida en que ella está conectada con Cristo. La gran pregunta será: ¿Ha sido hecha en el nombre de Jesús y para él? Si es así, aquella obra recibirá aprobación y recompensa; si no, será rechazada y quemada.

No importa en lo más mínimo lo que los hombres piensen sobre cualquier obra en particular. Pueden alzar a alguien hasta los cielos por algo que esté haciendo; pueden publicar su nombre en la prensa del día; pueden hacerlo el tema de conversación en su círculo de salón; él puede tener fama como predicador, profesor, escritor, reformador moral; pero, si no puede conectar su obra con el nombre de Jesús, si no lo ha hecho para el Señor y para Su gloria, si no es el fruto del amor de Cristo que constriñe, todo aquello será como el tamo de las eras del verano, y hundido en el olvido eterno.

Un camino más excelente

Por el contrario, un hombre puede seguir un camino de servicio tranquilo, humilde, modesto, desconocido e inadvertido. Su nombre puede quedar en el anonimato, su obra puede ser ignorada; pero aquello que ha hecho, lo ha hecho en el sencillo amor a Cristo, lo ha hecho en la oscuridad, con los ojos puestos en su Maestro. La sonrisa de su Señor ha sido más que suficiente para él. Él no ha pensado en ningún momento buscar la aprobación de los hombres, ni ha intentado captar la sonrisa o evitar el ceño de ellos; sino que ha seguido el mismo tenor de su camino, simplemente mirando a Cristo y trabajando para él. Su obra permanecerá. Será recordado y recompensado, aunque él no lo hizo por el reconocimiento o la recompensa, sino por el sincero amor a Jesús. Esta es la obra del sello genuino, la moneda auténtica que resiste el fuego del día del Señor.

Es una misericordia indescriptible ser librado del espíritu de complacer a los hombres, del día presente, y estar en condiciones de caminar siempre solamente delante del Señor, para que todas nuestras obras tengan su origen, continuidad y conclusión en él.

La intención del corazón

Veamos, por algunos momentos, la ilustración preciosa y con-

movedora de esto, que presenta el evangelio de Mateo, capítulo 26. «*Y estando Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso, vino a él una mujer, con un vaso de alabastro de perfume de gran precio, y lo derramó sobre la cabeza de él, estando sentado a la mesa*».

¿Cuál era la intención de esta mujer cuando se encaminó a casa de Simón? ¿Era mostrar el aroma exquisito de su perfume, o el material y la forma de su vaso de alabastro? ¿Era para obtener la alabanza de los hombres por su acto? ¿Era para conseguir un reconocimiento por su devoción extraordinaria a Cristo, en medio de un pequeño grupo de amigos personales del Salvador?

No, lector, no era ninguna de estas cosas. ¿Cómo lo sabemos? Porque el Dios Altísimo, el Creador de todas las cosas –quien conoce los secretos más profundos de cada corazón y el motivo verdadero de cada acción– estaba allí en la persona de Jesús de Nazaret. Su ojo santo, que todo lo escruta, fue directo a lo más profundo del alma de esta mujer. Él sabía no solo lo que ella había hecho, sino cómo y por qué ella lo había hecho. Y el Señor declaró: «*Ella ha hecho conmigo una buena obra*».

En una palabra, entonces, Cristo mismo era el objetivo inmediato del alma de esta mujer; y eso fue lo que dio valor a aquel acto, y en-

Cristo mismo era el objetivo del alma de esta mujer; y eso fue lo que dio valor a su acción, y envió el aroma de su perfume directo hasta el trono de Dios.

vió el aroma de su perfume directo hasta el trono de Dios.

Entonces, el Señor no sólo la vindicó por el momento, sino que la proyectó hacia el futuro. Esto fue suficiente para el corazón de esa mujer. Teniendo la aprobación de su Señor, ella bien podría darse el lujo de soportar el enojo, aun de los discípulos, y oír el reclamo de ellos por aquel «desperdicio». Fue bastante para ella que su corazón hubiera sido restaurado. Todo lo demás podía ser ignorado por aquello que realmente valía la pena.

Ella nunca había pensado en asegurarse la alabanza de los hombres o en evitar el desprecio de ellos. Su único objetivo indivisible, de principio a fin, era Cristo. Desde el momento en que puso su mano sobre ese vaso de alabastro, hasta que ella lo rompió y derramó

su contenido sobre Su santa persona, ella pensaba sólo en Él.

Ella tenía una especie de percepción intuitiva acerca de qué sería conveniente y grato a su Señor, en las circunstancias solemnes en las cuales él estaba puesto en aquel momento y, con un tacto exquisito, ella obró de aquella manera. Ella nunca había pensado en lo que podría valer el unguento; o, si lo había hecho, ella sentía que Él valía diez mil veces más. En cuanto a «los pobres», sin duda, ellos tenían su lugar y también sus demandas; pero sintió que Jesús era para ella más que todos los pobres del mundo.

En resumen, el corazón de la mujer estaba lleno de Cristo, y esto fue lo que le dio carácter a su acción. Otros podrían calificarla de «desperdicio»; pero podemos descansar seguros de que nada que se gaste para Cristo se ha desperdiciado. Así lo juzgó esta mujer, y ella tenía razón.

Un sublime acto de servicio

Honrar al Señor, en el mismo momento en que la tierra y el infierno se levantaban contra él, fue el mayor acto de servicio que un ser humano o un ángel podrían realizar. El Señor iba a ser elevado en ofrenda. Las sombras se alargaban, la oscuridad se profundizaba, las tinieblas se hacían densas. La cruz – con todos sus horrores – es-

taba próxima; y esta mujer lo anticipó todo, y vino, de antemano, para unguir el cuerpo de su adorable Señor. Y esto marca el resultado. Vean cómo de inmediato el bendito Señor interviene en su defensa y la protege de la indignación y el desprecio de aquellos que deberían haber sabido mejor.

«Y entendiéndolo Jesús, les dijo: ¿Por qué molestáis a esta mujer? Pues ha hecho conmigo una buena obra. Porque siempre tendréis pobres con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis. Porque al derramar este perfume sobre mi cuerpo, lo ha hecho a fin de prepararme para la sepultura. De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella».

En todo lo que haces, procura fijar tu atención directamente sobre el Maestro. Haz a Jesús el objeto inmediato de cada pequeño acto de servicio, no importa cuál sea. Ocupate en todo de manera que él pueda decir: *«Ha hecho conmigo una buena obra»*. No te preocupes por los pensamientos de los hombres en relación a tu camino o a tu labor. No te importe su indignación o su incompreensión, sino derrama

el perfume de tu vaso de alabastro sobre la persona de tu Señor. Procura que cada acto de servicio tuyo sea el fruto del aprecio de tu corazón hacia él; y ten seguridad de que él valorará tu obra y te vindicará delante de muchos.

Así ocurrió con la mujer de quien hemos leído. Ella tomó su vaso de alabastro y caminó a la casa de Simón el leproso, con un solo objetivo en su corazón, a saber, Jesús y lo que estaba ante él. Toda su atención estaba puesta en él. Ella no pensaba en ninguna otra cosa, sino en derramar su unguento precioso en la cabeza del Señor.

Y observen el bendito detalle. El acto de esta mujer ha llegado hasta nosotros, en el registro del evangelio, asociado con el bendito nombre de Jesús. Nadie puede leer el evangelio sin leer, asimismo, el memorial de su personal devoción.

Los imperios se han alzado y han prosperado, para luego desaparecer en la región del silencio y del olvido; los monumentos erigidos para celebrar la gloria del genio humano se han convertido en polvo; pero el acto de esta mujer aún vive, y vivirá por siempre. Que tengamos la gracia de imitarla.



Las oraciones que ascienden al cielo son las que son enviadas por el Espíritu Santo; solo esa oración es eficaz.

Juan Bunyan

La muerte de Cristo en la cruz, en expiación por los pecadores, es la verdad central de toda la Biblia.

LEGADO

La cruz de Cristo

J.C. Ryle

«Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Gál. 6:14).

¿Qué piensas tú acerca de la cruz de Cristo? La pregunta puede ser considerada de poca importancia: pero ella se refiere profundamente al bienestar eterno de tu alma.

Hace mil ochocientos años, hubo un hombre que dijo que él se «gloriaba» en la cruz de Cristo. Este fue el apóstol Pablo. Él fue quien trastornó al mundo con las doctrinas que predicaba; fue quien hizo más que ningún otro hombre en todo el mundo por establecer la fe cristiana. Con todo, él dice a los gálatas: *«Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Gál. 6:14).*

Significados de la cruz

La «cruz de Cristo» debe ser necesariamente un tema importante, cuando un apóstol inspirado

puede referirse a él de esta manera. Quisiera intentar demostrar lo que significa esta expresión. Una vez que tú conoces el significado de la cruz de Cristo, entonces podrás, con la ayuda de Dios, ver la importancia de ella para tu alma.

En la Biblia, la cruz se refiere, a veces, a aquel madero en la cual el Señor Jesús fue clavado y muerto en el monte Calvario. Esto es lo que Pablo tenía en mente cuando dijo a los filipenses que Cristo se hizo *«obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Flp. 2:8).*

Sin embargo, esta no es la cruz en la cual el apóstol se gloriaba. Él se habría estremecido horrorizado ante la idea de gloriarse en un simple pedazo de madera. No cabe duda que él hubiera denunciado la adoración del crucifijo como profana, blasfema e idólatra.

La cruz significa, a veces, las aflicciones y pruebas que los creyentes tienen que afrontar si siguen a Cristo fielmente, por causa de su

fe. Este es el sentido en el cual nuestro Señor utiliza la palabra, cuando él dice: «...y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí» (Mat. 10:38). Este tampoco es el sentido en el cual Pablo utiliza la palabra cuando él se dirige a los gálatas. Él conocía esa cruz muy bien, y la llevaba pacientemente; pero, aquí, él no está hablando de eso.

Énfasis de la cruz en la vida de Pablo

Sin embargo, la cruz también señala, en algunos pasajes, la doctrina de que Cristo murió por los pecadores sobre la cruz –la expiación que él hizo por los pecadores, por su sufrimiento por ellos en la cruz–, el sacrificio completo y perfecto por el pecado que él ofreció, cuando él dio su propio cuerpo para ser crucificado.

En fin, esta expresión, «la cruz,» es sinónimo de Cristo crucificado, el único Salvador. Este es el sentido en el cual Pablo la utiliza cuando dice a los corintios: «*Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden*» (1ª Cor. 1:18). Este es el sentido en el cual él escribe a los gálatas: «*Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo*» (Gál. 6:14). Él se limitó simplemente a decir: «No me glorío en nada, sino en Cristo crucificado como la salvación de mi alma».

Jesucristo crucificado era el gozo y la delicia, el consuelo y la paz, la esperanza y la confianza, el fundamento y el lugar de reposo, el arca y el refugio, el alimento y la medicina del alma de Pablo. Él no pensaba en lo que él mismo había hecho y había sufrido. No meditaba en su propia bondad y su propia justicia. Él amaba pensar en aquello que Cristo había hecho, y Cristo había sufrido – en la muerte de Cristo, en la justicia de Cristo, en la expiación de Cristo, en la sangre de Cristo, en la obra acabada de Cristo. En esto él se gloriaba. Este era el sol de su alma. Este era el tema sobre el cual él amaba predicar.

Pablo era un hombre que iba y venía por la tierra, proclamando a los pecadores que el Hijo de Dios había derramado la sangre de Su propio corazón para salvar sus almas. Caminaba por todo el mundo diciendo a la gente que Jesucristo les había amado y había muerto por los pecados de todos en la cruz.

Observen cómo habla a los corintios: «*Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados*» (1ª Cor. 15:3). «*Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado*» (1ª Cor. 2:2). Él, un fariseo blasfemo y perseguidor, había sido lavado en la sangre de Cristo: no podía guardar silencio sobre esto, y nun-

ca se cansaba de contar la historia de la cruz.

Este es el tema que él amaba abordar cuando escribía a los creyentes. Es maravilloso observar cuán llenas están generalmente sus epístolas de los sufrimientos y de la muerte de Cristo. Su corazón parece estar henchido del tema: él lo amplía constantemente; vuelve a él una y otra vez. Es el hilo dorado que corre a través de toda su enseñanza doctrinal y sus exhortaciones prácticas. Pablo parece pensar que aun el cristiano más avanzado nunca podrá oír demasiado sobre la cruz. Esto es lo que él vivió durante toda su vida, desde su conversión. Dice a los gálatas: «...lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gál. 2:20).

¿Qué lo hizo tan fuerte en su labor? ¿Qué lo hizo tan dispuesto a trabajar? ¿Qué lo hizo tan incansable en el esfuerzo por salvar a otros? ¿Qué lo hizo tan perseverante y paciente? Les diré el secreto de todo. Él siempre se estaba alimentando, por fe, en el cuerpo de Cristo y en la sangre de Cristo. Jesús crucificado era la comida y la bebida de su alma.

La verdad central de las Escrituras

Lector, tú puedes estar seguro de que Pablo tenía razón. Cuenta

con esto: la cruz de Cristo, la muerte de Cristo en la cruz en expiación por los pecadores, es la verdad central de toda la Biblia. Esta es la verdad que vemos desde cuando abrimos Génesis. La simiente de la mujer que hiere la cabeza de la serpiente, no es sino una profecía de Cristo crucificado.

Esta es la verdad que resplandece, aunque velada, a través de la ley de Moisés y la historia de los judíos. El sacrificio diario, el cordero pascual, el derramamiento continuo de la sangre en el tabernáculo y el templo, todos estos eran símbolos de Cristo crucificado. Esta es la verdad que vemos honrada en la visión del cielo, antes de que cerremos el libro de Apocalipsis. «En medio del trono y de los cuatro seres vivientes», se nos dice, «y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolido» (Apoc. 5:6).

Aun en medio de la gloria celestial, captamos una visión de Cristo crucificado. Quitemos la cruz de Cristo, y la Biblia será un libro oscuro. Es como los jeroglíficos egipcios sin la clave que interprete su significado – curiosos y maravillosos, pero sin ninguna utilidad real.

Tú puedes saber mucho acerca de la Biblia. Puedes conocer los contornos de las historias que contiene y las fechas de los acontecimientos descritos, así como alguien

Hoy en día, hay cientos de lugares de culto, en los cuales se ve casi de todo, excepto la cruz.

sabe la historia de Inglaterra. Puedes saber los nombres de los hombres y de las mujeres mencionados en ella, tal como un hombre sabe de César, Alejandro Magno o Napoleón. Puedes conocer los diferentes preceptos de la Biblia, y admirarlos, de la misma forma que un hombre admira a Platón, Aristóteles o Séneca. Pero si tú aún no has descubierto que Cristo crucificado es el fundamento de todo el libro, has leído su Biblia con muy poco provecho hasta ahora. Tu fe es un cielo sin sol, una brújula sin aguja, un reloj sin cuerda, una lámpara sin aceite. Eso no te confortará ni librárá tu alma del infierno.

Lo reitero, tú puedes saber mucho acerca de Cristo, por una especie de conocimiento intelectual. Puedes saber quién era él, dónde nació y qué hizo él. Puedes conocer sus milagros, sus dichos, sus profecías y sus ordenanzas. Puedes saber cómo él vivió, cómo sufrió y cómo murió. Pero, a menos que conozcas el poder de la cruz de

Cristo por experiencia, a menos que sepas y sientas interiormente que el derramamiento de la sangre en esa cruz ha lavado tus propios pecados, a menos que estés dispuesto a confesar que tu salvación depende enteramente de la obra que Cristo hizo sobre la cruz, a menos que éste sea el caso, Cristo no te aprovechará de nada.

El peligro de una religión sin la cruz

El solo conocimiento del nombre del Cristo nunca te salvará. Tú debes conocer su cruz y su sangre; de lo contrario, morirás en tus pecados. Entre tanto tú vivas, ten cuidado de una religión en la cual no hay mucho de la cruz. Vivimos tiempos en que la advertencia es lamentablemente necesaria. Guárdate, reitero, de una religión sin la cruz.

Hoy en día, hay cientos de lugares de culto, en los cuales se ve casi de todo, excepto la cruz. Hay roble tallado y piedra esculpida, vitrales y pinturas brillantes; hay servicios solemnes y una constante ronda de ordenanzas; pero la verdadera cruz de Cristo no está allí. Jesús crucificado no es proclamado en el púlpito. El Cordero de Dios no es exaltado, y la salvación por la fe en él no es libremente proclamada. Por lo tanto, todo está mal. Lector, guárdate de tales lugares de culto; no son apostólicos,

y ellos no hubiesen satisfecho a Pablo.

Hay miles de libros religiosos publicados en nuestro tiempo, en los cuales hay de todo, excepto la cruz. Están llenos de indicaciones sobre sacramentos y elogios de la iglesia; abundan en exhortaciones sobre la vida santa y reglas para el logro de la perfección; están llenos de fuentes y de cruces, tanto en el interior como en el exterior, pero la cruz verdadera de Cristo es omitida. El Salvador y su amor hasta la muerte no se encuentran allí, o se mencionan de una manera no escritural. Por lo tanto, son peores que inútiles. Lector, guárdate de tales libros; no son apostólicos, y ellos nunca habrían satisfecho a Pablo.

Una palabra de exhortación

Pablo no se gloriaba en nada, sino en la cruz. Esfuérzate en ser como él. Ante los ojos de tu alma, enfoca totalmente a Jesús crucificado. No prestes oídos a enseñanza alguna que interponga cual-

quier cosa entre tú y él. No caigas en el viejo error de los gálatas. No pienses que alguien en este día pueda ser un guía mejor que los apóstoles. No te avergüences de las sendas antiguas en las cuales los hombres que caminaron fueron inspirados por el Espíritu Santo.

No permitas que el parloteo de los hombres que hablan cosas vanas sobre la universalidad, la iglesia y el ministerio, perturben tu paz y te hagan soltar tus manos de la cruz. Las iglesias, los ministros y los sacramentos tienen su lugar, pero ellos no son Cristo crucificado. No entregues el honor de Cristo a otros. *«El que se gloria, gloriase en el Señor»* (1ª Cor. 1:31).

Lector, dejo estas reflexiones ante tu mente. Yo no sé lo que tú piensas ahora acerca de la cruz de Cristo; pero no puedo desearte nada mejor que esto – que tú puedas ser capaz de decir con el apóstol Pablo, antes de que mueras o te encuentres con el Señor: *«Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo»*. Amén.



Dios todavía es fiel

Cuando leí la biografía de Müller, quedé sorprendido al enterarme por qué comenzó con el orfanato. Su propósito principal no era cuidar los huérfanos. En cambio, escribió en su diario: «El objetivo primero y principal del trabajo fue (y sigue siendo) que Dios pueda ser magnificado al verse que los huérfanos bajo mi cuidado reciben todo lo que necesitan, solo mediante la fe y la oración, sin que yo ni mis compañeros le pidamos nada a nadie, y así pueda verse que Dios todavía es fiel y escucha la oración».

David Platt

Lucas

A.T. Pierson

Palabra clave: Hijo del Hombre

Versículo clave: 19:10

La humanidad divinamente perfecta del Hijo de Dios es aquí retratada y su genealogía trazada más allá de David y Abraham, llegando hasta Adán. El Hombre divino, el segundo Adán, es para el hombre, como hombre, cercano y amigo, rescatador y hermano. Mas él es también el Señor que descendió del cielo y que concede la sanidad divina; es también Ayudador, Profeta y Salvador. Lucas era amigo y compañero de Pablo, y escribió especialmente para los griegos, siendo probablemente él mismo un prosélito gentil.

El nacimiento humano y la genealogía de Cristo son preeminentes, y las parábolas y milagros registrados tocan toda la humanidad. Él es visto ocupado en hacer el bien. Aproximadamente cien pasajes en la narración son típicos del evangelio de Lucas. Muchos incidentes atraen la especial atención del “médico amado”; pero, lo que más caracteriza a este evangelio es su especial propósito de presentar a Cristo como el más sabio de los maestros y aun el mejor de los hombres. Así, el autor destaca parábolas, milagros y eventos que revelan Su incomparable enseñanza y Su identificación con la humanidad.

Lucas registra, por ejemplo, el incidente en el cual la mujer pecadora unge los pies del Señor (7:37-50), la historia de Zaqueo, la cariñosa amonestación a Simón Pedro, asegurando Sus oraciones por él (22:31-32), la promesa al ladrón a las puertas de la muerte

y la conversación en el camino a Emaús. Registra aun las parábolas del buen samaritano, de la gran cena, de la oveja perdida, de la moneda de plata perdida y del hijo pródigo (capítulo 15); del fariseo y del publicano, de la viuda importuna – que ilustra la ternura y compasión del Señor con el marginado y despreciado, el afligido y el pecador, el publicano y aun el criminal. El capítulo central es el 15, donde, a través de un grupo de tres parábolas, es maravillosamente presentada la alegría por causa del perdido que ha sido hallado. Las últimas palabras son de bendición.

Divisiones

1. Lucas 1:1 - 4:13. Introducción al ministerio público de Cristo.
2. Lucas 4:14 - 21:38. Hasta la última pascua.
3. Lucas 22 - 24. Hasta su bendición en la ascensión.



Aunque las Sagradas Escrituras son un relato literal e histórico; con todo, por debajo de la narración, hay un significado espiritual más profundo.

BIBLIA

Símbolos de la servidumbre y la redención de Israel

A.B. Simpson

Las eras de ladrillos de Egipto

En los pasajes de Éxodo 1:13-14 y Éxodo 5:6-19, podemos ver el cuadro que Dios nos ha dado de la amarga servidumbre de su antiguo pueblo, que es el tipo de la estricta esclavitud del pecado y de Satanás. La tierra que había sido su asilo al principio, se había transformado en un horno ardiente y un lugar de opresión.

A lo largo de los siglos siguientes, las palabras: «Yo soy Jehová tu Dios que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre», han sido el cuadro más vívido de nuestra redención del poder de Satanás y de este presente mundo malo.

Para nosotros, como para ellos, todo empezó en una escena de inocencia y bendición. Pero pronto se levantó otro rey, sobre el que había sido antes un Edén santo y feliz, y el príncipe de este mundo tiene hoy a sus cautivos en una esclavitud más completa y servil y una servidumbre más degradante que aquella que Israel conoció bajo Faraón.

Las eras de ladrillos de Zoan son símbolos apropiados de algunos de sus rigores. El mismo material del la-

drillo nos sugiere la idea de lo terrenal y lo perecedero. El símbolo de la obra permanente de Dios no es ladrillo, sino piedra. La casa celestial está fundada sobre la roca, y su material son piedras vivas. Pero las casas de Egipto y Babilonia están hechas de arcilla, y simbolizan todo lo que pertenece a este mundo malo. Aquel que sigue a Mamón emplea toda su fuerza en edificar una casa que se va a desmoronar en polvo, como él mismo, dentro de poco tiempo.

La agravación de esta servidumbre, sin embargo, fue que el opresor exigiera tareas más severas, sin suplir los materiales y recursos. Esto es exactamente lo que hace Satanás con todas sus víctimas – exigir que hagan ladrillo sin paja.

Él es el gran capataz de una mala conciencia, y disfruta poniendo sobre el corazón turbado el yugo de la ley, con la misma alegría con que él rompe sus obligaciones. Uno de sus métodos favoritos para aplastar a sus víctimas es exigirles una justicia imposible, para luego acusarlos, condenarlos y hostigarlos hasta la desesperación, porque no la han cumplido, aunque él

sabe muy bien que ellos son completamente incapaces de hacerlo.

Qué espantosa es la esclavitud de un alma consciente de su pecado y sus deficiencias, que está deseando constantemente obrar mejor, y realmente se lanza a mil resoluciones y propósitos de hacer lo bueno, pero no obstante se va hundiendo más y más en la cautividad de la corrupción, fustigado a cada paso por la vara cruel de una conciencia que acusa y por un remordimiento desesperado.

Y qué diferente es el dulce señorío de Cristo, que no manda nada sin dar el poder para cumplirlo, y que dice al mundo abatido y abrumado por el pecado: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil y liviana mi carga».

La figura llega a su punto culminante cuando se añade que el salario de este trabajo era literalmente la muerte. El cruel decreto no solo exigía que la raza fuera aplastada y postrada por estas demandas severas, sino que debía al final extinguirse, al decidir aplicar un cruel destino sobre todo hijo varón.

Del mismo modo, nuestro duro capataz no solo requiere nuestro servicio, sino que ha decidido exterminarnos. No hay nada, excepto la san-

gre de nuestra alma, que satisfaga su odio y maldad. No está satisfecho con nuestra muerte física, sino que nos azota con una herida y nos abate con una muerte que son eternas.

¡Qué necios son los hombres! Están edificando lo que ellos creen ciudades de tesoros; pero, como lo acumulado por los antiguos Ramsés, pasan a manos de otros, y los que se afanan van a la tumba eterna. «La paga del pecado es muerte; pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro».

La cruel servidumbre es inexorable. Faraón no tenía intención de soltar a sus cautivos. Amañó una compenenda y consintió en que fueran unos días al desierto para adorar a Dios, pero no deberían ir más lejos. En todo caso, no debían salir de Egipto; y aun así, debían dejar su ganado y sus hijos como rehenes.

El mundo retiene así a los suyos. No se opone a un poco de religión, mientras no nos separemos de él o vayamos demasiado lejos de sus prácticas y espíritu. Y, al igual que Faraón, siempre insiste en tener a su disposición nuestra familia y nuestras posesiones.

Cuando Satanás no tiene todo el corazón de alguno, por lo menos controla gran parte de su capital, incluso de los que profesan ser hijos de Dios. Los mismos padres que no se atreverían a permitirse asociaciones dudosas

Las casas de Egipto y Babilonia están hechas de arcilla, y simbolizan todo lo que pertenece a este mundo malo.

y placeres frívolos permiten a sus hijos que disfruten del mundo sin cortapisa alguna.

Es una bendición que Dios haga la servidumbre tan amarga, para que su pueblo acabe dándose cuenta de su significado y clame pidiendo liberación, como Israel. Como el de ellos, aquel clamor recibirá respuesta, no solo en la misericordia de Dios, sino también en un aumento de la severidad de las pruebas.

Cuanto más próxima sea la hora de la liberación, más tremendo va a ser el calor en el horno. Y así es, con frecuencia, que en las mismas profundidades de la desesperación, viene la mañana, y el libertador viene con ella. «Cuando ellos doblan el número de ladrillos, entonces viene Moisés», es el proverbio en que la triste historia de Israel se cristaliza la esperanza; y muchas almas han visto que es verdad en la experiencia de la salvación o la liberación providencial.

Detengámonos un momento y preguntémosnos qué significa todo esto para nosotros. ¿Nos hallamos en las eras de ladrillos de Egipto o en las tiendas libres y felices de los redimidos? ¿Estamos edificando una casa de arena que se derrumbará dentro de poco, o estamos edificando no solo la roca, sino con materiales valiosos e indestructibles como oro, plata y piedras preciosas, que no solo van a resistir la prueba, sino que resplandecerán más en las llamas del último día?

¿Estamos sirviendo a un amo cruel, el mundo, que nos engaña con sus hermosas promesas y que nos hace creer que nos edificamos palacios y luego los hace desaparecer ante nuestra vista,

para repetir el engaño de las promesas del mundo en las vidas de los que vienen detrás de nosotros?

¿Somos los esclavos desgraciados de un tirano que no solo agota nuestra fuerza para sus fines egoístas, sino que nos va aplastando inexorablemente a una muerte eterna; y ha decidido no solo destruir nuestras vidas sino también devorar nuestras almas inmortales?

¿O estamos bajo la servidumbre de una mala conciencia y una ley que no puede salvar ni santificarnos, malgastando nuestras vidas y fuerza en esfuerzos vanos de guardar nuestras resoluciones y reformar nuestras vidas, vencer nuestras pasiones y cumplir las exigencias de esta ley que nos hace hundir más y más en la desesperación y la impotencia en cada fracaso?

Bendito sea Dios, porque se ha acercado para nosotros la hora de la redención. Los rigores de nuestra esclavitud son los últimos esfuerzos frenéticos del tirano que quiere retenernos. El gran Libertador ha venido para vendar a los de corazón quebrantado, predicar libertad a los cautivos, a soltar a los oprimidos y librarnos del poder de las tinieblas y trasladarnos al reino de su amado Hijo.

Reconozcamos nuestra verdadera condición; pongámonos a su lado en contra del opresor; no rehusemos oírle, como hicieron los israelitas con Moisés; elevemos nuestro clamor al cielo, y la respuesta ya la tenemos. «El clamor de los hijos de Israel que ha venido delante de mí, y también he visto la opresión con que los egipcios los oprimen». «He visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído

su clamor a causa de sus opresores, porque conozco sus aflicciones; y he venido para librarlos».

Las diez plagas

El primer estadio de la liberación de Israel fue el juicio de Dios sobre sus opresores. Y las plagas de Egipto son tipos de la forma en que trata Dios a sus adversarios espirituales en la gran obra de la redención, tanto en su principio como en su consumación final.

Ya hemos visto el principio de la salvación por destrucción ilustrado vívidamente en la historia del diluvio, en que Noé y su familia fueron salvados por el agua. La destrucción de Faraón es una ilustración similar del mismo principio. Las diez plagas de Egipto iban dirigidas no contra las personas y la propiedad del rey de la nación, sino de modo especial contra los dioses demoníacos y el naturalismo deificado de la tierra. «Contra todos los dioses de Egipto», dice Dios, «ejecutaré juicio».

Las diez plagas sucesivas que llenaron el río de sangre, y la tierra de enjambres de ranas, moscas, langostas; que hirieron el ganado con enfermedades, los campos con granizo y fuego, el cielo de oscuridad y los hogares de Egipto, finalmente, con la muerte, no solo fueron muestras del desagrado de Dios contra el pueblo corrupto y el tirano malvado, sino un golpe más directo y fatal al que era el verdadero señor de Egipto: el príncipe de la potestad del aire, el gobernador de las naciones impías de la tierra, y el dios de este mundo.

El Nilo, los ganados, los escarabajos, los rebaños, el sol y el mismo rey,

todos ellos eran representantes del divino principio y objetos de adoración idolátrica. Y todos ellos fueron heridos en el juicio implacable por la mano del cielo, para que Egipto supiera que no eran sino fraudes de una religión falsa e imitaciones del Dios verdadero, que iba a engrandecerse en la redención y la historia del pueblo escogido.

Estas plagas prefiguraron los juicios que empezaron a caer sobre la cabeza de Satanás en el ministerio terreno del Señor Jesús, y que han de alcanzar su cima en las plagas del juicio del último día.

Las tres primeras cayeron sobre Israel y sobre los egipcios, implicando con ello hasta cierto punto que el pueblo de Dios compartía los sufrimientos y la retribución que su pecado había traído sobre la tierra. Pero las siete últimas fueron confinadas exclusivamente a los egipcios y parecen contener una profecía, o por lo menos una prefiguración de las siete última plagas que, dentro de poco, han de llenar la copa de las calamidades de la tierra y preceder de modo inmediato el advenimiento personal del Señor Jesucristo (Apocalipsis 16).

El fin de Faraón en el Mar Rojo es el tipo del derrocamiento final de Satanás y de sus agentes en la tierra, al introducirse el reino milenial de Cristo. No siempre el derecho se hallará en la horca y la injusticia en el trono. «El que ha de venir vendrá, y no tardará». «Los malvados impostores irán de mal en peor...». «Porque no reposará la vara de la impiedad sobre la heredad de los justos» (Salmo 125:3).

Ya ha sido afilada la espada y forjada la cadena que van a derribar y

apresar al tirano de los siglos, y pronto se oirá el clamor: «El acusador de nuestros hermanos ha sido derribado... Regocijaos, oh cielos, y los que moráis en ellos». «Aleluya, porque el Señor Dios Todopoderoso reina».

Como en la lejana orilla del mar egipcio cantan el cántico de Moisés, terminarán con un gran coro mayor aún, y cantarán el cántico de Moisés y

el cántico del Cordero delante del mar de vidrio, diciendo: «Grandes y maravillosas son tus obras, señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos. ¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? Pues solo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado» (Apoc. 15:3-5).



Cómo afinar la plata

«Transformados a la imagen de Cristo».

Un grupo de mujeres realizaba un estudio bíblico sobre el libro de Malaquías. Al llegar al capítulo 3, se encontraron con el versículo 3 que dice así: «Y se sentará para afinar y limpiar la plata». Este versículo intrigó a las mujeres, que se preguntaron lo que esta declaración significaba en cuanto al carácter y la naturaleza de Dios.

Una de ellas se ofreció para investigar cómo es el proceso de refinado de la plata. En la próxima reunión, ella le contaría al grupo.

Esa semana, la mujer llamó por teléfono a un orfebre y consiguió un tiempo con él para observar su trabajo.

Mientras ella miraba, él mantenía un trozo de plata en el fuego y lo dejaba calentar. Él explicó que en el refinado era necesario mantener la plata en el medio del fuego, en las llamas que eran más calientes, con el fin de quemar todas las impurezas.

Ella pensó que Dios nos mantiene en un lugar muy caliente y, en su mente, recordó el versículo: «Y se sentará para afinar y limpiar la plata». Y le preguntó al orfebre si era verdad que él tenía que estar sentado delante del fuego todo el tiempo en que la plata estuviese siendo refinada.

El hombre dijo que sí, y que no sólo tenía que sentarse cuidando de la plata, sino que también debía mantener sus ojos en ella el tiempo que fuera necesario, porque si la plata fuera dejada demasiado tiempo en las llamas, en un solo instante sería destruida.

La mujer quedó en silencio durante un momento.

A continuación, preguntó: «¿Cómo se sabe que la plata está totalmente refinada?». Y el hombre le contestó: « ¡Oh, es muy fácil! El proceso está listo cuando veo mi imagen reflejada en ella».

Tomado de la Web

VIDA CRISTIANA

Eliminando las diferencias

Watchman Nee

«...donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos» (Col. 3:11).

Después de haber confesado al Señor delante de los hombres y de haber sido separados del mundo, los nuevos creyentes deben mostrar que todos los creyentes son uno en el cuerpo de Cristo. Podemos llamar a esto la eliminación de las diferencias o la supresión de las discriminaciones.

«Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu» (1^a Cor. 12:13). La palabra «sean» implica que todas las distinciones han sido eliminadas. En el cuerpo de Cristo no puede haber discriminaciones terrenales. Todos nosotros somos bautizados para ser un solo cuerpo, y luego a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu.

«...porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay

esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gál. 3:27-28). Los que están en Cristo son aquellos que han sido revestidos de Cristo. Las distinciones naturales de judíos y griegos, esclavos y libres, hombres y mujeres, han sido abolidas.

«...y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno, donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos» (Col. 3,10-11). Una vez más, se nos dice que las distinciones naturales ya no existen entre los creyentes, porque nos hemos convertido en un nuevo hombre creado a imagen de Dios. En este nuevo hombre, todas las diferencias de griego y judío, circuncisión e incircuncisión, bárbaro y escita, siervo y libre han desaparecido, ya que Cristo es el todo, y en todos.

Después de leer estos tres pasajes de la Biblia, podemos ver fácilmente que todos los creyentes son uno en Cristo. Todas y cada una de las diferencias naturales han sido abrogadas. Esta es una cuestión fundamental para

la edificación de la iglesia. Si nosotros introduyéramos todas estas distinciones terrenales en la iglesia, veríamos que la relación entre hermanos y hermanas nunca podría ajustarse correctamente, y que la iglesia no podría ser establecida delante de Dios.

De las distinciones mencionadas en estos pasajes, hay cinco contrastes, a saber: griegos y judíos, esclavos y libres, varones y mujeres, bárbaros y escitas, circuncisión e incircuncisión. Sin embargo, el apóstol nos dice que en Cristo nosotros somos uno.

El mundo presta gran atención a la condición personal – raza, condición socio-económica, y así sucesivamente. Tengo que mantener mi honra, debo proteger mi status. Pero cuando nos convertimos en cristianos, debemos excluir tales discriminaciones. Nadie debe traer su posición o situación personal a Cristo y la iglesia –el nuevo hombre–, porque ello sería traer al viejo hombre. Nada de lo que pertenece al viejo hombre debe ser jamás arrastrado a la iglesia.

La abolición de las diferencias nacionales

Que Dios en su gracia pueda abrir los ojos de los jóvenes creyentes permitiéndoles ver que, no importa si eran originalmente judíos o gentiles, ahora son uno en Cristo. Todas sus limitaciones nacionales han sido rotas; las distinciones nacionales simplemente ya no existen. Si algunos son creyentes norteamericanos, otros creyentes británicos, otros creyentes indios o creyentes chinos, todos ellos son hermanos y hermanas en el Señor. Nadie puede dividirlos como hijos de Dios.

No podemos tener un cristianismo norteamericano, y si tal fuese el caso, no podríamos tener a Cristo. Ambas condiciones se oponen entre sí. En Cristo, todos somos hermanos y hermanas. Es indudable que en Cristo no puede existir ninguna frontera nacional. El cuerpo de Cristo es el hombre nuevo, enteramente uno, sin ninguna distinción de nacionalidad. Aun un fuerte nacionalismo, tal como aquel que tenían los judíos, debe ser roto en Cristo.

Cada vez que nos encontramos con un hermano en Cristo, ya no deberíamos etiquetarlo como chino o americano, porque todos somos uno en Cristo. Es un error de las más graves consecuencias tratar de establecer una iglesia china o de levantar un testimonio estadounidense. En Cristo no hay ni judío ni gentil. Intentar introducir cosas externas, tales como las diferencias nacionales, destruirá por completo las cosas al interior de la iglesia. En Cristo, todos se coordinan entre sí sin ningún tipo de discriminación. En el momento en las diferencias son llevadas al cuerpo de Cristo, éste se convierte en una institución carnal.

La eliminación de las diferencias de clase

La identidad de clase presenta otra dificultad en relación con el cuerpo de Cristo. No percibimos las diferencias nacionales hasta que nos encontramos con un extranjero, pero la distinción entre el esclavo y el libre también es eliminada en Cristo.

Supón que tú perteneces a la clase de los sirvientes o que eres un empleado o subordinado. En el hogar o en la

oficina, debes mantener tu lugar y aprender a escuchar y obedecer. Pero cuando tú y tu patrón o jefe se reúnen delante de Dios, tú no necesitas escucharlo en base a su posición en el ámbito laboral. Las diferencias de clase no tienen cabida en los asuntos espirituales.

Esta eliminación de las diferencias de clase solo es posible entre los cristianos. Sólo los cristianos podemos realizar esto en forma cabal. Nosotros podemos estrechar mutuamente nuestras manos y declarar que somos hermanos. Tenemos el amor que supera las diferencias. En el mundo, una clase de personas trata de desplazar a otra para elevarse a sí mismos a un nivel superior. Pero nosotros, los que estamos en Cristo, somos capaces de eliminar por completo la discriminación de clase. Esa diferencia de clase inquebrantable entre hombre libre y esclavo debe ser totalmente destruada.

Nosotros tenemos comunión con otros hermanos y hermanas sobre el único terreno de aquello que el Señor nos ha dado – su vida. De esta manera recibiremos una gran bendición de Dios. Tal iglesia será llena del amor de Cristo, y seremos aquellos que ministran a Cristo el uno al otro.

Cuando alguien se convierte a Cristo, debe dejar sus características nacionales fuera de la iglesia, porque no hay lugar para tales cosas en la casa de Dios. Hoy en día, en muchas iglesias, hay problemas causados por la intrusión de las peculiaridades nacionales. Aquellos que son más locuaces buscan a los que son comunicativos, y así hacen también aquellos a los cuales no les gusta hablar. Los más expre-

sivos se reúnen y los más callados hacen lo mismo. Por lo tanto, existen muchas diferencias entre los hijos de Dios.

Por favor, recuerden: las características nacionales no tienen lugar en la iglesia, en el nuevo hombre en Cristo. No juzgues a los demás porque tienen un temperamento diferente. Ellos te juzgarán de la misma manera si lo haces. Tú puedes preguntarte por qué ellos son tan fríos cuando tú les hablas con tanta calidez. Tal vez, al mismo tiempo, sin embargo, ellos están sufriendo con tu forma de ser.

Muchos de los que llegan a la iglesia afirman que ellos son así por naturaleza. Dicen esto con cierto orgullo. Pero se les debe decir que la iglesia no necesita de su ser natural. Ellos no deberían traer sus viejas naturalezas a la iglesia, pues aquellas no están en Cristo y eso tiende a dividir.

En consecuencia, debemos rechazar todo lo que pertenece al viejo hom-

**Las distinciones naturales
ya no existen entre los
creyentes, porque nos
hemos convertido en un
nuevo hombre creado a
imagen de Dios.**

bre. Sólo así podemos proseguir con todos los hijos de Dios.

El adiós a las divergencias culturales

Hay un contraste en Colosenses 3:11, el de los bárbaros y escitas, que desconcierta a los comentaristas. Un bárbaro es un hombre en un estado incivilizado, tosco; a veces, especialmente en un estado entre la barbarie y la civilización. Pero, qué es un escita, es un misterio. Algunos lo consideran como alguien más bárbaro que el bárbaro, porque el salvajismo de los escitas es proverbial, mientras que otros, como estudiosos reflexionan que si, en los escritos de los clásicos, los escitas son mencionados a menudo junto a los gálatas, deben ser personas muy respetables. Sea cual sea la interpretación que podamos aceptar personalmente, el punto es que ciertos lugares son conocidos por sus cualidades específicas.

Como cuestión de hecho, la divergencia cultural, causa un montón de problemas, pero debemos recordar que esto también ha sido eliminado en Cristo. Nosotros, los que estamos en Cristo, somos grandes hombres y mujeres. Entre toda la gente, solo nosotros podemos soportar aquello que el mundo no puede admitir. No hacemos distinción entre los hermanos. Nosotros, como individuos, no nos fijamos a nosotros mismos como el estándar para juzgar a todos los demás en consecuencia. Esta situación simplemente no existe en Cristo, en la iglesia, en el nuevo hombre.

Algunos hermanos pueden provenir de la India, otros de África. Sus culturas son muy diferentes de las

nuestras, pero nosotros hacemos solo una pregunta: ¿Están ellos en el Señor? Sin embargo, ellos también hacen la misma pregunta con respecto a nosotros. Si todos están en el Señor, todo está resuelto. Mantenemos nuestro contacto en el Señor; nos amamos unos a otros en el Señor. Podemos soportar todo lo demás y negarnos a permitir que cosa alguna nos divida como hijos de Dios.

Podríamos reunir a todos los hermanos sofisticados y formar una iglesia con ellos? ¿O reunir a todos los hermanos simples y formar otra iglesia? No, ninguno de estos grupos sería la iglesia. Es cierto que el conflicto de cultura es una cuestión muy difícil de soportar. Sin embargo, no es menos cierto que esta divergencia cultural no tiene cabida en la iglesia. Es algo que está fuera del cuerpo de Cristo. No lo pongamos en la iglesia. Nunca permitamos que se convierta en un problema.

Sin una señal de piedad en la carne

Otro contraste es «circuncisión e incircuncisión». Esto habla de las distinciones basadas en signos externos de piedad en la carne. Todos sabemos que los judíos recibe la circuncisión en su carne. Tienen la señal sobre ellos. Ellos profesan que pertenecen a Dios, que son temerosos de Dios y que niegan la carne. Por esta señal en su carne, ellos están seguros de tener parte en el pacto de Dios.

Los judíos hacen gran hincapié en la circuncisión. Esta es una característica del judaísmo. Aquel que es circuncidado está incluido en el pacto de Dios, en tanto aquel que es incir-

cunciso está excluido del pacto. A nadie se le permite casarse con los no circuncidados. En Hechos 15, la circuncisión fue el centro de la discusión, porque algunos creyentes judíos querían forzar a los gentiles a circuncidarse. Toda la epístola a los Gálatas trata con este asunto de la circuncisión. Pablo declara que si predicase la circuncisión, la salvación de la cruz ya no existiría, porque el pueblo simplemente dependería de una señal exterior de piedad en la carne.

Pablo deja muy claro que la circuncisión no quita la inmundicia de la carne, sino que solo apunta a restringir la actividad de la carne. Lo importante es el interior, no las cosas externas. Si la visión interna es la misma, aunque la expresión externa pueda ser levemente diferente, no habrá división.

La suspensión de la desigualdad entre los géneros

La última distinción que se suspende en Cristo es la cuestión de género. En el gobierno de la Iglesia, hombres y mujeres tienen sus respectivas posiciones. Cuando la iglesia se reúne, el hombre funciona de forma diferente a la mujer. En la familia, el esposo y la esposa tienen diferentes responsabilidades. Sin embargo, «en Cristo», no puede haber hombre y mujer. Ni el

hombre ni la mujer tienen una posición especial. ¿Por qué? Debido a que Cristo es el todo, y en todos. Noten la palabra «todos», que se utiliza dos veces. Cristo es el todo, y en todos. Por lo tanto, en la vida espiritual no hay absolutamente ninguna manera de diferenciar entre hombre y mujer.

Sin duda, en el ámbito del servicio, las hermanas tienen a veces un ministerio diferente al de los hermanos. Esto es debido a la disposición del orden de la autoridad de esta edad presente; pero, cuando lleguemos a la edad futura, la disposición será distinta. Sin embargo, aún hoy, no puede haber ninguna diferencia en Cristo. Tanto el hermano como la hermana son salvados por la vida del Hijo de Dios. Ambos se convierten en hijos de Dios. La palabra «niños» (griego, *teknon*) no hace distinción entre macho o hembra (aunque, según su raíz, es masculina en forma).

Todos somos hermanos y hermanas. Cada uno de nosotros es una nueva creación en Cristo. Somos miembros de un solo cuerpo. Todas las distinciones naturales han sido anuladas en Cristo. Por tanto, debemos dejar fuera de nuestros corazones cualquier espíritu de parcialidad, cualquier espíritu divisivo. Así avanzaremos un paso más.



¿No nos insta toda la naturaleza a alabarlo a Él? Si permaneciésemos en silencio, seríamos las excepciones del universo. ¿No le alaba el trueno como el son de los tambores del ejército de Dios que avanza? ¿No le alaban las montañas cuando las copas de los árboles se mecen en adoración? ¿No escribe el relámpago Su nombre en letras de fuego en la oscuridad de medianoche? La tierra entera alza una voz, ¿y podemos nosotros permanecer en silencio?

Charles Spurgeon

JÓVENES

Consejos a un joven creyente

Marcelo Díaz

Aquí aparece en la escena Timoteo, un joven que fue criado en la fe desde niño, por su abuela y su madre. En la primera y la segunda epístola a Timoteo hay algunos asuntos importantes que quisiera compartir hoy con ustedes.

Pablo toma a Timoteo y comienza a traspasarle sus enseñanzas. En las cartas a Timoteo, hay consejos prácticos del apóstol. Timoteo era un discípulo que fue formado desde la juventud y, aparentemente, era un joven que necesitaba siempre un aliento, un impulso. Al leer las cartas, se percibe que el joven tenía una personalidad tímida, asociada a aspectos más melancólicos, más bien introvertidos, por el tono en que le habla Pablo.

«Después llegó a Derbe y a Listra; y he aquí, había allí cierto discípulo llamado Timoteo, hijo de una mujer judía creyente, pero de padre griego; y daban buen testimonio de él los hermanos que estaban en Listra y en Iconio. Quiso Pablo que éste fuese con él; y tomándole, le circuncidó por causa de los judíos que había en aquellos lugares; porque todos sabían que su padre era griego» (Hechos 16:1-3).

Pablo le advierte y le anima: «Haz esto, ocúpate de eso, huye de esto, sigue aquello». Pareciera que Timoteo necesitaba una exhortación permanente. Aparentemente, su padre no estaba presente en su vida, pues solo se menciona a su madre y su abuela. Solo se dice que el padre era griego. Tal vez faltó esta figura masculina.

Equilibrio

La masculinidad es un componente importante en nuestras vidas; así como lo femenino añade un elemento más emotivo. La masculinidad pone una firmeza que todos necesitan, hombres y mujeres. Es importante que ustedes se preparen en esto, porque un día serán padres y tendrán que transmitir esos rasgos a sus hijos.

Cuando esos ingredientes no están del todo equilibrados, tendemos a desequilibrarnos en nuestra personalidad. Por eso somos todos tan distintos. Si la alimentación que recibimos no es del todo balanceada, produce ciertas secuelas en nuestra personalidad. Por ello, es importante que tengamos un autoconocimiento de cómo somos y cómo funcionamos.

Si tú tuvieses que escribir ahora una definición de cómo eres, ¿qué contestarías? ¿Qué dirías de ti mismo? ¿Qué aspectos tuyos reconoces y tienes como un autoconocimiento? ¿Sabes quién eres, cuáles son tus preferencias, cómo reaccionas, cuáles son tus rasgos predominantes?

El autoconocimiento es bueno. Es bueno saber cómo uno es, pero el mecanismo de conocer eso es riesgoso. La introspección no es el mejor camino para conocerse. Ahora, espiritualmente, el camino para conocerse es conocer a Dios y pedir que él nos examine. «Examíname, oh Dios», como dice David. Es una compenetración con él, es como ir conociéndolo a él y conociéndonos en él. Este camino de conocerse es algo que ustedes tienen que ir explorando.

Cuidando de sí mismo

Veamos algunos elementos a considerar para ir creciendo en nuestra vida como hijos de Dios. Por ejemplo, lo que dice Pablo en el versículo 4:16 de su primera carta: «*Ten cuidado de ti mismo*». Este es un concepto muy interesante, porque conlleva la idea de que yo conozca quién soy y de qué material fui hecho; que conozca mis virtudes y, especialmente mis defectos.

«*Ten cuidado de ti mismo*», porque, cuando uno no tiene cuidado de sí mismo corre el riesgo de pecar una y otra vez, de exponerse en extremo, y entonces arruinar el camino de santidad que Dios nos ha trazado. Entonces, los que no se conocen, aquellos que creen tener competencias suficientes y son autosuficientes en todo, se exponen a situaciones riesgosas.

Nosotros llevamos un hombre muy perverso dentro de nosotros mismos, una persona que es capaz de muchas cosas. Entonces, es bueno cuidarse de eso, porque, si tú lo expones, ese monstruo va a salir, y no solo te dañará a ti, sino también a otros.

Lutero decía: «No temo al papa, ni a sus príncipes; solo le temo a una persona: a mí mismo, porque tengo un papa dentro de mí». Él tenía conocimiento de sí mismo. Y aunque pareciera contradictorio, y tal vez ustedes aún no lo entiendan mucho, porque están en ese descubrimiento, tienen que saberlo. Cuidense de ustedes, no se expongan a situaciones de peligro. ¡Cuidado con eso, hijos; no se confíen! «Cúidate». Es una indicación que el apóstol le da a Timoteo, un siervo del Señor. «Ten cuidado de ti mismo». Incluso, «cúidate de la doctrina». «Cúidate de esto, que es peligroso. Aun tú eres un peligro para ti». Pareciera extraño, pero es verdad. Esta es una buena advertencia de Pablo.

Buena conciencia

Hay otras indicaciones. Pablo, con todo el amor que le tenía a Timoteo, con el deseo de cercanía, de afecto, le dice en 1ª Timoteo 1:5: «*Pues el propósito de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida, de las cuales cosas desviándose algunos, se apartaron a vana palabrería, queriendo ser doctores de la ley, sin entender ni lo que hablan ni lo que afirman*».

Algunos se apartaron del corazón limpio, de la buena conciencia, de la fe no fingida. Veamos el versículo 18. «*Este mandamiento, hijo Timoteo, te en-*

Espiritualmente, el camino
para conocerse a sí mismo
es conocer a Dios y pedir
que él nos examine.
«Examíname, oh Dios»,
como dice David.

cargo, para que conforme a las profecías que se hicieron antes en cuanto a ti, milites por ellas la buena milicia, manteniendo la fe y buena conciencia, desechando la cual naufragaron en cuanto a la fe algunos, de los cuales son Himeneo y Alejandro». Estos son los mismos del versículo 5. ¿Qué les pasó a estos «algunos»? Desecharon la buena conciencia.

Aquí hay otro elemento importante. En las cartas a Timoteo hay varias parejas. Por ejemplo en 2ª Timoteo 1:15. «Ya sabes esto, que me abandonaron todos los que están en Asia, de los cuales son Figelo y Hermógenes». Versículo 2:17: «Y su palabra carcomerá como garrapata; de los cuales son Himeneo y Fileto, que se desviaron de la verdad, diciendo que la resurrección ya se efectuó, y trastornan la fe de algunos».

¿Qué pasó con estos hermanos? Desecharon la buena conciencia. La conciencia es algo muy importante. Ella funciona en nuestro interior. «Lámpara de Jehová es el espíritu del

hombre», dice Proverbios. Es eso que ilumina el camino; eso que tratas de ahogar, pero que te habla. Es una voz: «Eso estuvo mal». Y sale de la nada. Y uno dice: «Soy yo, son solo mis pensamientos». Pero te molesta una y otra vez.

La conciencia es un elemento de nuestra vida interior. ¿Qué ocurre en la conciencia? En un tiempo, en el espíritu, ella tenía una función como atrofiada. Pero, cuando viene el Espíritu de Dios, él da vida a nuestro espíritu, activa la conciencia, la regenera, la restaura, y ella comienza a operar, a hablar. «El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu...» (Rom. 8:16). El Espíritu comienza a dar vida, y esa vida despierta la conciencia. El Espíritu de Dios y el espíritu del hombre se hacen uno, en una relación preciosa. El hombre comienza a tener vida, y la conciencia habla.

Es tan importante la conciencia, que, aun en aquellas personas que no conocieron nunca al Señor, de alguna manera, ella va a atestiguar delante del trono de Dios (Romanos capítulo 2). Pablo habla de aquellos que, por alguna razón, no conocieron la ley o no tuvieron el evangelio, y llegaron ante el trono de Dios. ¿Cómo serán juzgados? Pablo resuelve esto diciendo:

«Porque todos los que sin ley han pecado, sin ley también perecerán; y todos los que bajo la ley han pecado, por la ley serán juzgados; porque no son los oidores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados. Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley es-

crita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos, en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio» (Rom. 2:12).

La conciencia es un elemento importante que puso Dios en el hombre, que atestiguará en aquel día. Entonces, cuando un nativo, que no ha oído el evangelio, se encuentre ante el trono de Dios, y vea a Jesucristo, su conciencia testificará y dirá: «Esto era lo que yo siempre quise». Entonces, Dios dirá: «Este es mío». En aquel día, la conciencia va a operar. Entonces, ella es importante. ¡Cuánto más cuando viene el Espíritu Santo!

Hebreos 9:14. «... ¡cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?». ¿Qué ocurre en la regeneración? La sangre del Señor nos restaura; limpia nuestra conciencia, la equilibra, la pone en un estado depurado, para que comience a operar ahora conforme a la voluntad de Dios.

El Espíritu Santo y la conciencia

Por eso, en Romanos 9:1, Pablo dice esto, y aquí hay una hermosa relación entre el Espíritu y la conciencia: «Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo». La conciencia equilibrada ahora por la sangre del Señor comienza a operar conforme al Espíritu Santo, a colaborar con Dios. Ella ha sido vivificada, y comienza a hablar en nuestra vida interior.

«Mira, no me ve absolutamente

nadie». Pero Dios me ve, y mi conciencia me habla. Entonces yo me expongo. Hago algo, y la conciencia va conmigo. Y aunque nadie en todo el mundo haya visto lo que estoy haciendo, Dios sí, y la conciencia atestigua y me habla. ¡Qué bueno es Dios, porque así nos cuida! Cuando alguien va a dar el paso, la conciencia le dice: «¡Eh, un momentito...!». Allí está el Espíritu Santo, operando en la conciencia.

Por eso, Pablo manda a Timoteo: «No deseches la buena conciencia», la cual desecharon algunos y naufragaron, quedando a la deriva, sin saber adónde ir ni qué hacer. Su conciencia ya no les testifica.

«Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia...» (1^a Tim. 4:1). Cuando alguien no oye al Espíritu Santo que habla en la conciencia una, dos o más veces, y no obedece, ésta comienza a cauterizarse y a debilitarse, y ya no habla, y él queda a la deriva. Eso es terrible.

Por eso, cuando alguien ha cometido un error, es bueno que se sienta mal. Si esto ocurre, y él viene y pide perdón, es porque tiene conciencia, es porque hay vida y oportunidad de salvación. Pero, aquel que no viene, que calla, que ahoga la conciencia, corre el riesgo tremendo de cauterizar su conciencia, y cada vez se va adentrando más en el mar como un naufrago, perdido.

Piensen lo que es, en la vida espiritual, no escuchar al Señor que habla. Y uno sabe que es el Señor; no puede

negarlo. Uno puede volverse obstinado y tratar de acallar esta voz, pero sabe internamente que es el Señor. Así que tienes dos caminos: o hacer lo tuyo, o atender a su voz. ¿Qué camino vas a tomar? Ese es un elemento que Pablo entrega a Timoteo.

Tal vez algunos de ustedes están en momentos importantes de decidir sus vidas. Dan un paso, y al dar ese paso, se pueden exponer, puede salir a luz lo peor de ustedes, y corren un riesgo enorme. Entonces, los padres, los orientamos, les advertimos. Y a veces sufrimos, porque ya no son los niños pequeños que obedecían en todo. Entonces, tenemos la persuasión, la palabra. Pero ellos insisten. Claro, una vez que están en su habitación, la conciencia les habla, pero las emociones y aun su sexualidad les dice otra cosa. Sin embargo, la conciencia es libre, y les habla: «No está bien; cuídate».

Tomando decisiones

Todos tenemos la libertad de escoger y de decidir, pese a mí, pese a mi llamado hormonal, pese a mis emociones, pese a lo que quiero. Mi conciencia me habla, y yo digo: «Señor, yo quiero creer, quiero obedecer, y escojo por ti». Ese acto de salvación es un acto potente en tu vida. ¡Hazlo! Porque la conciencia es para salvación, no es para perdición.

Pero el que no lo hace, el que sigue el otro camino, la pasa mal. Y ese pasar mal puede ser riesgoso; él puede vivir una experiencia trágica, que dejará secuelas espirituales y aun físicas en su vida. No podrá tener una vida plena, porque no oyó a su conciencia cuando le habló oportunamente. Y en

aquel día, cuando estemos con el Señor, cuando los secretos de los hombres sean revelados, no podré decir: «Señor, yo no lo sabía». No, porque mi conciencia me va a testificar y me dirá: «Yo te lo dije».

Es mejor hacerle caso a la conciencia, cuanto más si ha sido iluminada por el Espíritu Santo. ¿Cómo se hace esto? Pablo también da instrucciones al respecto. Hasta aquí vamos bien, pero, ¿cómo llevarlo a la práctica? De una forma muy sencilla.

Simplemente huye

En 1ª Timoteo 6:11, Pablo dice: «Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas...». ¡Huye! Eso es lo que tienes que hacer; es muy simple. Para las cosas difíciles, las instrucciones son fáciles. No se requiere explicación. Si vas a caer en pecado, es muy fácil: ¡Huye, arranca! Eso le dice Pablo a Timoteo. Si yo sé que, si paso este límite, me expongo y corro un riesgo, y la conciencia comienza a hablar, ¿qué hago? ¿Tomo la palabra, busco un versículo, me acorazo? Nada, hombre. ¡Huye! No tienes que enfrentar nada.

Escucha, el tema de la sexualidad es una pelea perdida si confías en tu capacidad, en tus fuerzas. Tarde o temprano, vas a perder. Y no solo corre riesgo tu vida e integridad ética, sino tu vida espiritual. Así que no des la pelea. Sólo huye. Así de sencillo.

Una vez que se ha caído, duele haber perdido tanto. ¡Qué necio fui, al no hacer caso a mi conciencia ni a los consejos de quienes me ayudaron. Si tú, joven, estás teniendo un amorío, y sabes que no hay testimonio espiritual, los afectos o las emociones no son

confiables para dirigir tu vida, porque ellos te llevan solo a satisfacer tus apetitos.

Y, como ustedes van creciendo, la sexualidad hay que resolverla de alguna manera. Hay que mantenerla en el trono del Señor, hay que saber llevarla, hay que saber educarla. Entonces, si tú sabes que estás en riesgo con una persona, si te lo han dicho personas que tienen visión espiritual, no insistas. Tu conciencia te da testimonio interior de ello, aun cuando tus afectos sean diferentes. Pero, si la conciencia, al final, casi ahogada, de pronto te dice: «No insistas», hazle caso. ¡Huye! Si sabes que él o ella va a estar ahí, no vayas. ¡Huye! Es muy simple, pero salvarás tu vida.

Todos han sido enseñados respecto de la vida de José. Ahí tenemos un ejemplo muy práctico. En una situación de exposición extrema, él fue iluminado y huyó desnudo. Más vale huir así que perder todo.

«*Huye también de las pasiones juveniles*» (2ª Tim. 2:22). Huye de eso, no alimentes las pasiones juveniles. ¿Y qué es esto? Organiza tu vida. Todo lo que exagera tu vida sexual, lo que exa-

gere tu comportamiento, tu figura, tu cuerpo, tu forma de vestir, todo, planificalo, comienza a rehacerlo. Huye de toda pasión que te pueda envolver y destruir, «*y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor*». Espero que así sea en el corazón de cada uno de ustedes.

Como una rosa que pasa de mano en mano, así es la sexualidad. Si no la cuidas, cada contacto es un pétalo que se va deshojando, que se va quitando, que se va dañando, que se va arruinando. Es al revés de cómo dice el mundo – que se gana experiencia. No se gana experiencia; se arruina la vida. Cada clic, cada página prohibida que ves, te va ensuciando, te va contaminando más.

Jóvenes, tengan conocimiento de quiénes son. Busquen, aprendan, conozcáanse bien. Pidán a Dios: «*Exámíname, Señor, y conoceré cómo soy*». Escuchen su conciencia, oigan al Espíritu Santo. Y, frente a las situaciones extremas, huyan, pidan ayuda. El Señor les guarde. Amén.

Resumen de un mensaje impartido a los jóvenes en Temuco, en Julio de 2013.



Ante el altar

En la vida de John G. Paton se nos dice que la costumbre de la oración por la mañana y por la noche se mantuvo siempre en la casa de su padre. Hasta el día de su muerte, a los setenta y siete años, no falló, y cuando el último día de su vida llegó, se le oyó repetir los Salmos e irrumpir en oración.

Paton dice: «No puedo recordar que haya pasado un día de mi vida en que esto se haya omitido. No había prisa para el mercado, no había prisa para el negocio, hubiese problemas o alegría, nunca nada nos impidió estar arrodillados ante el altar. La peor mujer del pueblo donde vivíamos se acercó hasta la ventana y escuchó a mi padre abogando por los pecadores en su oración, y se salvó».

Paul E. Holdcraft, *Enciclopedia de la Biblia*

Se sigue afirmando que la ciencia y la fe no son compatibles. Más aún, se dice que no es posible ser científico y creyente. Este artículo nos demuestra lo contrario.

APOLOGÉTICA

Ciencia y cristianismo: ¿conflicto o coherencia? (1)

Dr. Henry F. Schaefer III ¹

Una perspectiva sobre la relación entre la ciencia y el cristianismo

Vamos hablar acerca de la relación entre la ciencia y el cristianismo con los términos más amplios y razonables posibles. La relación entre la ciencia y las otras disciplinas intelectuales no ha sido siempre buena. Por eso, muchos creen que ha habido siempre un estado de guerra entre la ciencia y el cristianismo. Pero yo creo que esto no representa la historia completa.

Ha habido conflictos entre la ciencia y virtualmente todas las demás disciplinas intelectuales, así que no es de sorprender si existe algo de conflicto entre la ciencia y el cristianismo.

¿Ha desacreditado la ciencia a Dios?

Muchas veces se oye que «la ciencia ha desacreditado a Dios». C.S. Lewis, en su autobiografía *Surprised by Joy* (Sorprendido por el gozo), dice que antes él creía así. Habla sobre su ateísmo cuando era joven, y le echa la culpa a la ciencia. «Entenderá usted que mi

ateísmo se basaba inevitablemente en lo que yo consideraba los descubrimientos de los científicos, y aquellos descubrimientos, como yo no era científico, los aceptaba por fe; en realidad, por la autoridad de los científicos».

Lo que dice Lewis, es que alguien le había explicado que la ciencia había desacreditado a Dios, y él se lo creyó, aunque no sabía nada de la ciencia.

Un punto de vista un poco más equilibrado es el de uno de mis héroes de la ciencia, Erwin Schrödinger, fundador de la mecánica ondulatoria: «*Me quedo asombrado al ver que el retrato científico del mundo es tan deficiente. Nos da mucha información sobre los hechos, ordena toda nuestra experiencia de una forma maravillosamente consistente, pero es terriblemente silenciosa en cuanto a todas las cosas que tocan nuestros corazones, y que nos importan de verdad. No nos puede decir nada sobre el rojo y el azul, lo amargo y lo dulce, el dolor o el placer físicos; no sabe nada de lo bello ni de lo feo, del bien ni del mal, de Dios o de la eternidad. La ciencia a veces finge contestar a*

¹ Catedrático de Química y Director del Center for Computational Quantum Chemistry (Departamento de Química Cuántica Computacional) en la Universidad de Georgia, USA. Ha sido nominado para el Premio Nobel y hace poco fue nombrado el tercer químico más citado del mundo.

este tipo de preguntas, pero las respuestas a menudo son tan necias que no las tomamos en serio».

Las alternativas a la creencia en el Dios soberano del universo

Lev Landau

Quiero poner a dos ateos como ejemplo. El primero es Lev Landau, el físico soviético más brillante de este siglo. Fue autor de muchos libros, en colaboración con su colega, Lifchets. Este relato viene de su biografía, escrita por su amigo, Kolotnikov, publicada en *Physics Today*. Cuenta algo que ocurrió al final de su vida. Dice Kolotnikov: «*La última vez que vi a Landau fue en 1968, después de una operación que tuvo. Su salud se había deteriorado apreciablemente. Nos llamaron a mí y a Lifchets al hospital. Allí nos dijeron que no había ninguna posibilidad de salvarle. Cuando entré en su habitación, Landau estaba acostado, mirando hacia la pared. Oyó mis pasos, giró la cabeza, y dijo: «Kollat, sálvame, por favor». Fueron las últimas palabras que pronunció. Aquella noche murió».*

Subrahmanyan Chandrasekhar

Este astrofísico recibió el Premio Nobel de Física en 1983. Fue académico de la Universidad de Chicago durante muchos años. Al final de su biografía, en una entrevista, él dice: «*En realidad, me considero ateo. Pero tengo una sensación de desilusión porque la esperanza de contentamiento y de una visión de paz en mi vida que esperaba sentir como resultado de haber tenido una meta ha quedado en general insatisfecha».*

Su biógrafo queda atónito, y responde: «*No lo entiendo. ¿Usted quiere decir que su dedicación exclusiva a la cien-*

cia, a entender la naturaleza y su exitosa comprensión de la naturaleza aún le deja con un sentimiento de desasosiego?». El científico continúa de forma seria, diciendo: «*Realmente no disfruto de un sentido de satisfacción. Todo lo que he hecho parece ser poco».*

El biógrafo intenta hacer que la conversación sea un poco más liviana, diciendo que todo el mundo se siente así. Pero Chandrasekhar no le deja, diciendo: «*Bueno, puede ser, pero el hecho de que otras personas sientan lo mismo que yo, no cambia el hecho de que uno lo esté experimentando. No se vuelve menos personal por esa consideración».* Y termina afirmando: «*Lo que es cierto en mi caso personal, es que no siento la armonía que había anhelado de joven. He perseverado en la ciencia durante más de cincuenta años. El tiempo que he dedicado a otras cosas ha sido minúsculo».*

¿Es posible ser cristiano y científico a la vez?

Este tema tiene que ver con la pregunta que un joven me hizo después de una clase de química de primer año en Berkeley: «¿Es posible ser científico y a la vez cristiano?». Aquel estudiante, obviamente, pensaba que no era posible.

Charles P. Snow

Empezaré desde terreno neutral, citando a dos personas que no tienen ninguna posición teísta. El primero es C.P. Snow, autor de un famoso libro titulado *The Two Cultures* (Las dos culturas). Fue físico-químico en la Universidad de Oxford. A la mitad de su carrera profesional, descubrió que era un buen escritor, y empezó a escribir no-

velas. El tema principal de sus novelas es la vida universitaria en Inglaterra. Una de ellas se llama *Masters*. Snow se hizo rico ejerciendo este don, y así pudo ocupar una posición entre el mundo de las ciencias y el mundo de la literatura.

Este libro versa sobre las dos culturas: las ciencias y las humanidades. El autor dice que, según las estadísticas, la cantidad de científicos incrédulos es un poco mayor que la cantidad de incrédulos del resto del mundo intelectual, aunque hay muchos científicos que son religiosos, sobre todo entre científicos jóvenes. Así que, ¿es posible ser científico y cristiano? C.P. Snow, que definitivamente no era cristiano, dijo que sí.

Richard Feynman

Richard Feynman, Premio Nobel de Física 1965, fue una persona muy singular. Unos años antes de recibir el premio Nobel, dijo: «*Muchos científicos creen en la ciencia al igual que creen en el Dios del Apocalipsis, y de una forma perfectamente consistente*». Así que, ¿es posible ser científico y cristiano? Según Feynman, sí.

Un buen resumen respecto a esto lo escribió Alan Lightman, autor de un libro llamado *Origins*, publicado por la editorial Harvard University Press. Él dice: «*Las referencias a Dios son co-*

munes en la literatura científica hasta mediados o finales del siglo XIX. Es probable que la falta de referencias religiosas después de esto se deba más bien a un cambio en las formas sociales y científicas aceptadas entre los científicos que no a cualquier cambio en el pensamiento fundamental de ellos. En realidad, y al contrario de los mitos populares, los científicos suelen tener la misma variedad de actitudes que tiene la población en general».

Ahora bien, lo anterior se podría entender como una aseveración estrictamente anecdótica. A los americanos nos encantan las estadísticas. He aquí los resultados de una encuesta de la sociedad profesional Sigma Zi. Tres mil trescientas personas respondieron, por lo que las cifras no sufren de ninguna incertidumbre estadística. El título del artículo en cuestión declara que los científicos se encuentran bien anclados en la corriente de la sociedad. Además, dice que la mitad de ellos participan regularmente en actividades religiosas. Según la encuesta, el 43% de los científicos doctorados se encuentra en la iglesia los domingos. De la población en general, 44% asiste a la iglesia los domingos. Así que queda claro que sea lo que fuere la cosa que precipita los sentimientos religiosos en las personas, no tiene nada que ver con tener un título universitario en ciencias.

«**Muchos creen que ha habido siempre un estado de guerra entre la ciencia y el cristianismo. Pero yo creo que esto no representa la historia completa**».

Michael Polanyi

Vamos a profundizar un poco más al considerar una afirmación de Michael Polanyi, catedrático de química y posteriormente de filosofía en la Universidad de Manchester. Su hijo, John Polanyi, ganó el premio Nobel en 1986. Yo creo que, cuando se haya olvidado por completo la obra científica de John Polanyi, aunque ha sido magnífica, la obra de su padre seguirá siendo importante.

Michael Polanyi fue un gran físico-químico en la Universidad de Manchester. Cuando llegó a la mitad de su vida profesional, cambió a la filosofía. Allí también se distinguió. Su libro de mayor influencia se titula *Personal Knowledge* (Conocimiento personal). Polanyi era de ascendencia judía, nacido en Hungría. Por las mismas fechas en que cambió a filosofía, también se hizo cristiano. Dijo: «*Voy a reexaminar las suposiciones que subyacen a nuestra fe en la ciencia, y me propongo demostrar que estas suposiciones son mucho más extensas de lo que normalmente se piensa. Parecerán entretrejerse con todos los fundamentos espirituales del hombre, y llegar hasta las mismas raíces de su existencia social. Por lo tanto, propondré que nuestra fe en la ciencia se debe de considerar como parte de unas convicciones mucho más amplias.*»

Si usted lee el resto del libro, llegará a la misma conclusión que yo. Me parece que la hipótesis de Polanyi es que el observador siempre está allí en el laboratorio. Siempre llega a conclusiones. Nunca es neutral. Cada científico trae suposiciones a su trabajo. Un científico, por ejemplo, nunca cuestiona la solidez del método científico.

Históricamente, esta fe surgió de la creencia cristiana que Dios Padre creó un universo perfectamente ordenado.

Ahora quiero mostrarles la evidencia de esto.

La ciencia se desarrolló dentro de un ambiente cristiano

Quisiera empezar con una declaración escandalosa que siempre causa una reacción. Es algo que dijo Robert Clark, un científico británico. Les hará pensar. Él dice: «*A pesar de cómo interpretemos el hecho, la verdad es que el desarrollo científico solo ha ocurrido dentro de una cultura cristiana. Los antiguos tenían cerebros tan buenos como los nuestros. En todas las civilizaciones, Babilonia, Egipto, Grecia, la India, Roma, la China, etc., la ciencia avanzó hasta cierto punto y entonces se detuvo. Es fácil especular, diciendo que la ciencia a lo mejor habría podido avanzar igual sin el cristianismo. Pero en realidad, no fue así. Y no es extraño que no fuera así, porque el mundo pagano creía que había algo moralmente malo en la ciencia. En Grecia, esta convicción se basaba en la leyenda de Prometeo, el portador del fuego, y prototipo científico, que robó el fuego de los cielos atrayendo así la ira de los dioses.*»

Yo habría preferido que Clark dijera «*desarrollo científico sostenido*». Creo que se ha pasado un poco de la línea aquí, pero nos da algo en qué pensar.

Francis Bacon

Vamos a explorar la idea que forma la base de las declaraciones de Clark y de Polanyi, o sea, que la ciencia creció en un ambiente cristiano. A mí me enseñaron que Francis Bacon había descubierto el método científico.

co. Los críticos ahora mantienen que lo robó de otro, y que solo lo hizo popular. Pero esa polémica la dejamos a los historiadores de la ciencia.

Una de las declaraciones de Francis Bacon se llama la *Declaración Dos Libros*. Es muy famosa. Bacon dijo: «*Que nadie piense o sostenga que una persona pueda investigar demasiado o ser demasiado erudita ni en el libro de la palabra de Dios, ni en el libro de las obras de Dios*».

Está hablando de la Biblia como el libro que contiene las palabras de Dios, y de la naturaleza como el libro de las obras de Dios. Él está animando a aprender lo máximo posible sobre los dos. De modo que, justo en el comienzo del método científico, nos encontramos con esta declaración.

Johannes Kepler

Kepler propuso la idea de las órbitas elípticas de los planetas. Á él se le considera el descubridor de las leyes del movimiento planetario. Era cristiano luterano devoto. Cuando le preguntaron: «¿Por qué estudias la ciencia?», respondió que en sus investigaciones científicas, deseaba conseguir una prueba ejemplar del deleite del Creador en su obra, y así participar en ese gozo. Esto se ha dicho desde entonces de muchas maneras. Se podría considerar a Kepler como teísta, solo según la primera declaración. Pero más tarde dijo: «*Creo solamente en el servicio a Jesucristo. En él habita todo refugio y consuelo*».

Blaise Pascal

Blaise Pascal fue un científico magnífico, el padre de la teoría matemática de la probabilidad y del análisis de

combinaciones. Proveyó el enlace esencial entre la mecánica de los fluidos y la mecánica de los cuerpos rígidos. Es el único científico físico que hizo contribuciones profundas al pensamiento cristiano. Muchos de estos pensamientos se encuentran en el pequeño tomo titulado *Pensées* (Pensamientos) sobre la religión (1669).

La teología de Pascal se centra en el personaje de Jesucristo como Salvador y está basada en la experiencia personal. Pascal declaró: «*Dios hace al hombre consciente de su vileza interior, la cual la Biblia llama «pecado» y de Su misericordia infinita. Se une a lo más profundo del alma del hombre y la llena de humildad y de gozo, de confianza y de amor, haciéndole incapaz de cualquier fin que no sea Él mismo. Jesucristo es el fin de todo y el centro hacia el cual todo tiende*». Pascal también dijo: «*En el centro de cada ser humano hay un vacío en forma de Dios, que solo Jesucristo puede llenar*».

Robert Boyle

Robert Boyle fue quizás el primer químico. Desarrolló la idea de los átomos. Muchos estudiantes de química de primer año conocen la ley de Boyle. Boyle escribió muchos libros. Uno de ellos fue *The Wisdom of God Manifested in the Works of Creation* (La sabiduría de Dios manifestada en las obras de la creación). Proveyó personalmente un fondo para conferencias dedicadas a la defensa del cristianismo en contra de la indiferencia y el ateísmo. Amigo de Richard Baxter, uno de los grandes teólogos del puritanismo, Boyle fue director de la Sociedad para la extensión del Evangelio en Nueva Inglaterra.

Isaac Newton

Aunque no estoy de acuerdo con ella, una reciente encuesta sobre quién es la persona más importante de la historia, le dio ese honor a Sir Isaac Newton.

Newton fue matemático, físico, descubridor junto con Leibnitz del cálculo, y el fundador de la física clásica. Curiosamente, Newton escribió más sobre teología que sobre ciencia. Él dijo: *«Este sistema tan bello del sol, de los planetas y cometas solo podría proceder del consejo y del dominio de un Ser Poderoso e Inteligente»*. Y la siguiente cita demuestra que Newton era un verdadero creyente: *«Hay más marcas de autenticidad en la Biblia de las que hay en cualquier otro libro de historia profano»*.

Newton fue literalista bíblico. No fue suficiente para él deducir un artículo de fe de las Escrituras. Dijo: *«Tiene que ser expresado de la misma forma, con palabras firmes, como lo expresaron los apóstoles. Porque los hombres son dados a formar divisiones por culpa de las deducciones. La fe verdadera se encuentra en los textos bíblicos»*.

George Trevelian, un historiador secular, resumió así las contribuciones de estos individuos: *«Boyle, Newton y los miembros fundadores de la Sociedad Real fueron hombres religiosos que refutaban las doctrinas escépticas de Thomas Hobbs. Pero familiarizaron a sus compatriotas con la idea de la ley en el universo y con los métodos científicos de búsqueda para descubrir la verdad. Se creía que estos métodos nunca les llevarían a conclusiones inconsistentes con la historia bíblica y con la religión de los milagros. Newton vivió y murió en esa fe»*.

Michael Faraday

Seguramente el mayor científico experimental de todos fue Michael Faraday. El aniversario del 200 aniversario de su nacimiento se celebró hace poco en la Royal Institution (un laboratorio multidisciplinario de investigaciones en Londres).

Mi amigo Sir John Thomas publicó un artículo muy interesante, que decía que si Michael Faraday hubiera vivido en la época del Premio Nobel, se habría ganado por lo menos ocho de ellos. Faraday descubrió la bencina (éter del petróleo) y la radiación electromagnética, inventó el generador eléctrico, y fue el principal arquitecto de la teoría clásica de campos.

Hay un contraste entre el final de su vida y el final de la vida de Lev Landau. Faraday estaba cerca de la muerte. Un amigo que vino a verle, queriendo introducir un poco de humor en la situación, le dijo: *«Don Miguel, ¿qué clase de especulaciones tiene usted ahora?»*.

Faraday solía hacer especulaciones sobre la ciencia, y en seguida se iba corriendo al laboratorio para probarlas. Fue un comentario razonable. Pero Faraday lo tomó muy en serio, y respondió: *«Especulaciones, amigo, no tengo ninguna. Sólo tengo certezas. Doy gracias a Dios de que no tengo que descansar mi cabeza agonizante sobre las especulaciones, porque yo sé a quién he creído y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquél día»*.

James Clerk Maxwell

El segundo de los tres grandes físicos teóricos de todos los tiempos fue James Clerk Maxwell.

Alguien ha dicho que Maxwell poseía todos los dones necesarios para los avances revolucionarios en la física teórica: un entendimiento profundo de la realidad física, una gran capacidad matemática, una ausencia total de ideas preconcebidas, y una imaginación altamente activa. También tenía la capacidad de reconocer un trabajo digno de su genio: la interpretación matemática del concepto de Faraday del campo electromagnético. Uno de los logros más grandes de la inteligencia humana ha sido este trabajo, cuyos frutos son las ecuaciones matemáticas de los campos electromagnéticos que llevan el nombre de Maxwell.

De lo anterior, hay una cosa con la que no estoy de acuerdo. Si Maxwell hubiera sufrido una ausencia total de ideas preconcebidas, habría logrado una total ausencia de ciencia. Así que esto no fue escrito, desde luego, por un científico». Sin embargo, esta declaración es básicamente buena.

Maxwell dijo: «*Considere lo que Dios ha pensado hacer con todos los que se someten a su justicia y que están dispuestos a recibir su don [de vida eterna en Cristo Jesús]. Serán conformados a la imagen de su Hijo, y cuando se haya cumplido eso, y Dios vea que están conformados a la imagen de Cristo, ya no puede haber más condenación*».

Maxwell y Charles Darwin fueron contemporáneos. Muchos se preguntan: ¿Qué habrá pensado Maxwell de las ideas de Darwin? De hecho, una vez Maxwell fue invitado a asistir una conferencia en la Riviera italiana en el mes de febrero para hablar sobre la

Biblia y los nuevos desarrollos científicos de la época. Si usted ha vivido en Cambridge, Inglaterra, sabe que el clima es muy deprimente en invierno. Si yo hubiera sido catedrático allí, creo que habría aprovechado la oportunidad de ir a la Riviera en invierno. Sin embargo, Maxwell no aceptó la invitación, diciendo: «*La velocidad de cambio en las hipótesis científicas es naturalmente más rápida que la de la interpretación bíblica. Así que, si una interpretación se basa en alguna nueva hipótesis, puede ayudar a que la hipótesis siga a flote mucho tiempo después de que tendría que ser hundida y olvidada*».

Y esto es verdad. Un ejemplo de esto es la teoría *steady-state* (estado permanente), hecha popular por Fred Hoyle y otros. Es una de dos teorías en conflicto sobre el origen del universo. Esta hipótesis dice básicamente que lo que se ve ha estado siempre allí. Ya no hay muchos defensores de aquella hipótesis. Es interesante volver atrás, a eso de 1960, y encontrar estudios sobre el libro de Génesis para ver cómo reconcilian esta hipótesis con el primer capítulo de Génesis. Cualquier persona razonable puede ver que el Génesis habla de un principio que sale de la nada (*ex nihilo*), así que requiere explicaciones muy interesantes para reconciliar un principio con la hipótesis *steady-state*.

Esta hipótesis será olvidada en cuestión de unos 20 años; pero los estudios sobre el Génesis seguirán disponibles en las bibliotecas sin que nadie pueda entenderlos. (Continuará).

Tomado de <http://tallerapologetica.blogspot.com/>



Claridad

La revista Aguas Vivas nos ha traído mucha claridad de la verdad. Nos damos cuenta cuánto necesitamos del cuerpo de Cristo. Gracias a Dios por haberles puesto a ustedes en nuestro camino. Que el Señor Jesucristo esté con vosotros y que podamos seguir teniendo comunión con el resto del cuerpo.

Efraín Argueta Díaz (México).

Interés

Hace unos meses llegó a mis manos una revista Aguas Vivas, y la verdad me ha encantado. Platicaba con el hermano que me la obsequió y estoy muy interesado en ella, no solo para mí, sino para bendecir a los demás hermanos de la congregación. Bendiciones y que la paz de Cristo more en sus corazones.

Ángel Salazar (México).

Enseñanzas

Su hermosa revista es una bendición por sus impresionantes enseñanzas para nuestra vida y nuestro ministerio. Sigo orando para que esta revista sea de bendición en todos los lugares y países que llegue. Para nosotros es una joya tenerla. Se lo agradecemos mucho.

William López (Cuba).

Edificación de los santos

Agradezco muchísimo el trabajo de todos ustedes en editar la revista Aguas Vivas, que ciertamente ha sido usada como instrumento en las manos del Señor para edificación de los santos. Que nuestro Dios pueda seguir animándonos en la publicación de esta revista para bendición de muchos.

Billy Pinheiro (Brasil).

Riquezas espirituales

Damos gracias a nuestro Dios por contar con ustedes para el apoyo de nuestro ministerio, al enviarnos la revista. Es de gran utilidad para la enseñanza en la iglesia. Cada una es una fuente gloriosa de riquezas espirituales en nuestras manos. Gracias al Señor que por medio de su Espíritu Santo inspira a través de las Escrituras a sus siervos para bendecir a muchos.

Leonardo Arbolález (Cuba).

Lumbrera

La revista ha venido a ser lumbrera en nuestras vidas. Ha traído gran discernimiento en el Espíritu para entender un poco más las innumerables grandezas de Dios escondidas en Cristo.

José Raúl Carpio (México).

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

AGUAS VIVAS

Para la proclamación del Evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo

Año 14 · N° 72 · Octubre - Noviembre - Diciembre 2013

REDACCION: Rodrigo Abarca, Roberto Sáez, Marcelo Díaz, Gonzalo Sepúlveda, Álvaro Astete.

DISEÑO: Mario Contreras.